MAXIME ROVERE

¿QUÉ HACEMOS CON LOS IDIOTAS?

PARA NO SER UNO DE ELLOS

PAIDÓS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Introducción
Tres conclusiones aventuradas como preliminares
De cómo se cae en las redes de los idiotas
Cómo recuperarse del estupor
Cómo pasar del error a la oportunidad
De las recaídas en la emoción
De cómo la impotencia engendra el deber
De cómo las autoridades morales entran en conflicto
¿Cómo escuchar a un idiota?
Por qué el Estado nos toma el pelo
Por qué la amenaza es una forma de sumisión
De cómo la moral mata la interacción
Por qué los idiotas prefieren destruir
Por qué gobiernan los idiotas
Por qué se multiplican los idiotas
Por qué los idiotas ganan siempre
Conclusión
Agradecimientos
Bibliografía
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

¿Os amarga la vida alguna criatura maligna? ¿Estáis deseando pasar página de esa experiencia odiosa y saber cómo pasar a otra cosa?

Con humor, afabilidad y sabiduría filosófica, *¿Qué hacemos con los idiotas?* propone una nueva ética para pensar y tratar la estupidez, lacra de nuestra época, enfermedad colectiva y veneno de nuestras vidas individuales.

¿Qué hacemos con los idiotas?

Para no ser uno de ellos

Maxime Rovere

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS
Barcelona • Buenos Aires • México

Introducción

Nos hemos quedado atrás con respecto al pueblo, esto es un axioma. Me da la impresión de que os reís, Karamazov.

Si los filósofos no se han tomado nunca en serio el problema que vamos a tratar aquí es porque, con razón, se han dedicado principalmente a experimentar con los poderes de la inteligencia. En su extraordinario intento por comprender y explorar las diferentes modalidades de lo que significa «comprender» no se les ha escapado, por supuesto, la existencia de la idiotez, sobre todo porque no hace falta afinar mucho para ver que, por definición, la inteligencia de las cosas y la idiotez son inversamente proporcionales: al fin y al cabo, solo empiezas a comprender en la medida en que dejas de ser idiota. De ahí que los filósofos solo hayan podido dar de su adversario definiciones casi siempre negativas, pues parten de su punto de vista: el de una persona al menos teóricamente inteligente. Sin extendernos en una posible

historia filosófica de la idiotez, nos limitaremos a recordar que ha sido vista como un obstáculo para el conocimiento, así como para la realización moral, para la sana discusión y para la vida en común, presentada bajo las formas de lo que unos y otros han denominado «la opinión», «los prejuicios», «el orgullo», «la superstición», «la intolerancia», «las pasiones», «el dogmatismo», «la pedantería», «el nihilismo», etcétera. Con ello, los filósofos han contribuido a explicar la idiotez en numerosos aspectos. Pero como siempre la han intelectualizado demasiado —lo cual era lógico tratándose de los maestros del concepto—, les ha sido imposible abordarla desde el punto de vista que la convierte en un auténtico problema.

Por decirlo en pocas palabras, el problema no es la idiotez sino los idiotas. Cualquiera que sea la definición elegida para la idiotez, siempre se llega a la misma conclusión: hay que utilizar todos los medios posibles e imaginables, todas las fuerzas humanas y no humanas para combatir la idiotez y, en la medida de lo posible, aniquilarla. *Stultitia delenda est*. Esta frase latina expresa un odio saludable, un odio salvaje, sin límites y sin paliativos contra la idiotez: hay que destruirla. Pero ¿y los idiotas? Me refiero a los idiotas reales, a los que nos amargan la vida, los que encontramos en el metro, en el trabajo, los pelmazos con los que convivimos y que por desgracia se hallan incluso dentro de nuestra familia y hasta entre los seres que han compartido una parte de nuestra trayectoria, nuestros amigos y nuestros amores, cuyo rostro abominable descubrimos un día... ¡Menudos idiotas! Pero ¿quién diría que hay que aniquilarlos? Aparte de los más idiotas, nadie desearía seguramente en serio llegar a tales extremos.

Desde un punto de vista filosófico, los idiotas son, por lo tanto, un problema mucho más importante y delicado que la propia idiotez. Su existencia de beocios estúpidos y a menudo agresivos constituye un rompecabezas teórico extremadamente complejo, pues tiene una forma circular. Cuando te topas con un idiota, hombre o mujer, se instaura de forma inmediata algo que hace que tu propia inteligencia (empleo la palabra en el sentido más amplio de «disposición para comprender») decaiga. Jamás

llegaré al extremo de insultar a mis lectores y lectoras, pero debes admitir que, a partir del momento en que identificas a un idiota, ya no estás frente a alguien, sino ante una situación en la que vuestro propio esfuerzo por comprender se halla fuertemente obstaculizado. Una de las principales características de la gilipollez —y de ahí la importancia de emplear a veces el argot para designarla— es que absorbe en cierto modo tu capacidad de análisis y, por una extraña propiedad, te obliga siempre a hablar su lengua, a entrar en su juego, a pisar su terreno. Se trata de una trampa tan difícil de desactivar que, por hallarla bajo mi propio techo y tener la suerte (afortunadamente, provisional) de convivir con ella, he decidido interrumpir mis trabajos universitarios más difíciles para hacerme un favor a mí mismo y a los demás: tratar de explicar esta grandísima dificultad y, si es posible, salir de ella.

Pero antes de entrar en el detalle de los problemas que plantean los idiotas, que en mi opinión son tan serios como los problemas más serios que los filósofos han tratado, debo hacer una advertencia: este libro aborda la idiotez «de hecho» y no «de derecho». En otras palabras, soy plenamente consciente de que, como problema moral, político y social, la idiotez debe ante todo prevenirse. Tenemos que instaurar unas formas de organizar la convivencia capaces de impedir que los jóvenes humanos se conviertan en perfectos idiotas, sobre todo porque, cualquiera que sea su extracción social, a menudo son a su vez hijas e hijos de idiotas. De ahí que el tema sea urgente. Pero los esfuerzos que dedicamos a mejorar a gran escala el desarrollo de la inteligencia no deben ocultar sus propios límites: no solo la aplicación y la eficacia de los dispositivos antidiotas dependen de muchísimos factores, sino que jamás existirá una sociedad en la que como mínimo una parte de la población —que puede ser una sola persona— sea considerada por al menos otra parte de la población —que puede ser uno solo de sus miembros— como excepcionalmente dotada en términos de idiotez. En este sentido, aunque la idiotez sea soluble en derecho y los esfuerzos desplegados contra ella por las ciencias humanas y por las gentes de buena voluntad sean pertinentes y legítimos, siempre existirá en

los hechos.

Por lo tanto, debemos admitirlo de entrada: incluso en el mejor de los mundos y con la mejor voluntad posible, siempre e inevitablemente habrá idiotas. Por otra parte, ello no es debido solo al hecho de que siempre queda alguno, a pesar de los cambios históricos, pues la idiotez justamente no es estática. Se distingue por una resistencia muy específica que los idiotas oponen de forma encarnizada a todo lo que queramos hacer para mejorar cualquier situación, incluida la suya. Oponiéndose siempre vigorosamente a tus esfuerzos, intentarán ahogar tus argumentos en razonamientos sin fin, asfixiar tu benevolencia con amenazas, tu afabilidad con violencia, y el interés común con una ceguera que mina las bases de su propio interés individual. En este sentido, la idiotez no es solo una especie de residuo incompresible de la evolución humana, sino que es uno de los principales motores de la historia y una fuerza que, a pesar o, mejor dicho, gracias a su ceguera, ha ganado muchísimas batallas en el pasado y ganará muchas en el futuro. A modo de resumen de la permanencia insuperable de esa fuerza, habrá que admitir, pues, lo siguiente: los idiotas se obstinan.

Esta particularidad tiene el inconveniente de descartar las soluciones más simples, ya que la obstinación de los idiotas significa que no tiene sentido defender la tolerancia frente a la intolerancia, el espíritu ilustrado frente a la superstición, la amplitud de miras frente a los prejuicios, etcétera. Las grandes declaraciones y los buenos sentimientos solo sirven para complacer al que habla, y esa complacencia es una manera más que tiene la idiotez de absorber a su adversario, de volverlo a atrapar en sus redes y de obstaculizar, una y otra vez, su esfuerzo por comprender.

Por todas estas razones, es estructuralmente imposible reconciliarse con los idiotas, pues ellos mismos no lo desean; no habrá más remedio que soportarlos. Pero ¿cómo? ¿Cómo encontrar los medios para soportarlos cuando ya es demasiado tarde para cualquier trabajo de prevención y cuando ya hemos aceptado con dolor que los idiotas existen «de hecho», que incluso existen necesariamente, desde siempre y para siempre?

Si supiese la respuesta en el momento en que planteo esta pregunta, yo mismo sería uno de ellos. Pero dispongo de un pequeño plan, de un poco de método y de una larga experiencia de pensamiento abstracto; veamos juntos si la filosofía puede hallar soluciones claras para este problema tan urgente.

Tres conclusiones aventuradas como preliminares

—¡Oiga, no empuje!
—Y usted, ¿por qué no avanza?
—¡Avance, hombre!
—¡Pero no empuje!
—¡Pues avance!
—¡Le digo que no empuje!
—¡Espere, hombre!
—Pero ¿es que no puede avanzar?
—¡Hay que ver la gente cómo es!

Siempre somos el idiota de alguien. Las formas de la idiotez son infinitas. El principal idiota está en nosotros mismos. Dicho esto, podemos empezar a reflexionar.

En el momento de iniciar este libro, hay situaciones con idiotas que te vienen a la mente. ¡Por desgracia! Recuerdas algunas caras, algunos nombres... Esas experiencias dolorosas, que pueden implicar cosas graves —injusticias y sufrimientos— te dan ganas de meterte con ellos, lo cual implica conocerlos mejor, reírte un poco de ellos y sentirte más inteligente. Comparto tus expectativas, pero antes de empezar me gustaría advertirte de un problema que presenta nuestro problema y que es una cuestión de definición.

Si bien es fácil definir de forma abstracta la idiotez, resulta muy difícil precisar exactamente qué es un idiota. Dos cosas saltan a la vista. Por una parte, se trata de una noción tan relativa que a nadie se le escapa que todos y todas somos siempre el idiota de alguien, y por eso sin duda no se ha hecho hasta hoy ningún estudio serio sobre el tema (yo mismo no lo hubiese emprendido de no haberme visto obligado). Por otra parte, y recíprocamente, cabe decir que todos tenemos nuestro idiota; o sea, que tú, al abrir este libro, esperas que contenga una definición clara de un ser de contornos más imprecisos que un fantasma, pero cuya presencia es para ti mucho más evidente que la presencia de Dios. Todos quisiéramos que la filosofía nos permitiese aprehender mejor la experiencia de esa sustancia aparecida en nuestra vida a partir de los rasgos de unos idiotas concretos.

Pero te pido que reflexiones sobre lo siguiente: desde el punto de vista de una inteligencia pura, los idiotas no existen. El perfecto Sabio, que es el Dios de los filósofos, cuando contempla el mundo

no ve idiotas por ninguna parte. Su inteligencia infinita percibe inmediatamente la mecánica de las causas, el engranaje de los factores, la aceleración de las interacciones que hacen que los humanos actúen. En su benevolencia infinita, acoge con amor las improvisaciones más estúpidas, los gestos y frases inoportunas, los golpes bajos... En su omnipotencia, sabe que en este mundo tiene que haber de todo, y su confianza en la marcha del universo le permite recordarlo hasta en los detalles de las actitudes y los defectos más absurdos. No, los idiotas no aparecen en el radar del Absoluto. Se disuelven bajo su Mirada Perfecta.

Si tenemos un problema con los idiotas es porque al topar con ellos nos enfrentamos a nuestros propios límites. Marcan el punto más allá del cual ya no sabemos comprender y no podemos amar. Solo nos quedan dos opciones: o complacernos en nuestra finitud y adoptar la actitud de los necios, que prefieren reírse porque han encontrado el medio de gozar de lo que no comprenden, o reconocer la fuerza exacta de la idiotez, que consiste precisamente en el efecto que ejerce sobre nosotros, y recurrir a la fuerza de los conceptos para pisotear por fin a los idiotas, para ser no solo mejores que ellos, sino mejores que nosotros mismos.

La segunda opción tiene un grave inconveniente: no es perpetuamente hilarante y hasta a veces resulta pesada. Pero apuesto a que en pocas páginas podremos estudiar a los idiotas como dispositivos complejos, sin engatusar a nadie ni emplear un lenguaje demasiado incomprensible.

Sin embargo, antes incluso de empezar veo surgir otra dificultad: el abanico de la idiotez es tan amplio que parece imposible estudiar a todos los idiotas a la vez. Están los idiotas asentados en sus certidumbres, que se niegan a dudar; hay otros que lo rechazan todo y que dudan hasta de la verdad, y finalmente están los que pasan de los dos primeros grupos, que por otra parte pasan de todo, incluso de los dramas que se podrían evitar. ¿Cómo hablar de todos esos idiotas a la vez?

Una posible solución sería determinar tipos y géneros, clasificarlos por familias, hacer tal vez un árbol genealógico. Pero una tipología tendría en mi opinión un grave inconveniente: les

daría a los idiotas una consistencia de la que carecen. Si estableciera una lista capaz de distinguirlos y describirlos, sin duda podríamos ponernos de acuerdo sobre algunas figuras, aislando tipos o «esencias» de idiotas, como en perfumería. Por desgracia, eso produciría un efecto perfectamente contrario a nuestro objetivo: llevaría al lector a sobrestimar su experiencia, a convencerlo de que se ha enfrentado a entidades y no a situaciones. Así, cuanto más llegaras a reconocer a tus idiotas en ti, más te convencerías de que existen idiotas como existen avestruces o hayas púrpura (cosa que, como demostraré, no es cierta). Esa convicción tendría la consecuencia de alejarte del punto de vista de la inteligencia y de la bondad pura, hasta el punto de que finalmente este libro, como tantos otros, te hundiría en tus prejuicios en vez de guiarte (y de paso a mí también) hacia un poco más de sabiduría.

No es, pues, clasificando a los idiotas como los comprenderemos o sabremos controlar mejor la manera como surgen en nuestra vida. Naturalmente hay muchas películas, comedias y novelas donde hallamos perfiles con rasgos marcados que permiten definir unos tipos; aunque su falta total de imaginación alimenta en los demás, como por arte de magia, una inmensa creatividad. Pero eso no hace más que confirmarme en mi propósito, porque la filosofía trabaja con conceptos y no con personajes. Para hacer justicia a los diferentes casos, he incluido unos incisos muy cortos, al principio de cada capítulo, a fin de visibilizar las experiencias que tengo en mente mientras trabajo en la abstracción. Pero no pretendo inventar nada. Lo que quiero es comprender.

En suma, aunque sea poco habitual en filosofía, te propongo no intentar definir a los idiotas de forma demasiado precisa. Dejémoslos en la nebulosa en que cada uno de vosotros reconozca a los suyos. Además, a decir verdad, me importa un pito saber exactamente lo que son, de dónde vienen y de qué repugnante manera se reproducen. Lo único que quiero es que me dejen en paz, y es justo aquí, en mi corazón frágil que solo pide amar, donde el problema se plantea, o mejor dicho se clava más

dolorosamente que una espina. Los idiotas no nos dejan tranquilos y agobian sobre todo a los que querrían vivir lejos de ellos. Ese es el segundo axioma de este libro: los idiotas nos invaden.

He ahí el misterio. ¿Cómo puede la idiotez encontrar su camino, cómo se inmiscuye, serpentea y se enrosca insidiosamente hasta el interior del sujeto en teoría inteligente?

Para responder a esta pregunta, debemos empezar allí donde la inteligencia se detiene, y por eso te he entregado, amigo lector y querida lectora, tres observaciones que un autor más hábil, pero menos sincero que yo, se habría reservado para la conclusión, a saber: siempre somos el idiota de alguien, las formas de la idiotez son infinitas y el principal idiota está en nosotros. Estas tres observaciones son del todo exactas, pero a mí particularmente no me sirven de nada. A la filosofía le pido técnicas conceptuales precisas, que me permitan superar los fallos de mi inteligencia y el poco resuello de mi bondad, que descubro cada vez que al cruzar esa puerta de la izquierda me topo con la idiotez humana.

De cómo se cae en las redes de los idiotas

Hay idiotas masculinos que no quieren tener mal rollo con sus mujeres, idiotas femeninas que no quieren tener mal rollo con sus maridos, otros que no quieren tener mal rollo con los hijos, otros con los padres, otros con los vecinos, otros con los colegas, otros con los alumnos, otros con los profesores, otros con los jefes, otros con los medios, otros con los clientes, otros con la policía... Y, así, caminando marcha atrás, tratando desesperadamente de evitarse unos a otros, es como los idiotas entran en colisión.

Donde se descubre que la idiotez es el dispositivo en el cual unos imbéciles te atrapan. Y de cómo orientar tu pensamiento para empezar a liberarte.

Los idiotas surgen sin previo aviso, en un momento en que no te lo esperas. No estás preparado. Simplemente deseas hacer algo, desplazarte o disfrutar de un paisaje, trabajar o gozar de la vida, digamos vivir, simplemente vivir, a tu aire. Pero de repente surge la idiotez humana. Poco importa que estés de buen humor o de mala leche, que sea por la mañana o por la tarde: esa idiotez te agobia y te saca de quicio. Para ser más precisos y ponernos un poco dramáticos, diríamos que te hiere. Aunque por orgullo trates de estar por encima de ella, la idiotez te hiere. El hecho mismo de que te hiera te irrita; no hace más que agrandar la herida y envenenarla.

No seamos engreídos y atrevámonos a mirar esa herida de cerca. En mil casos que se dan en la calle —el vehículo que nos corta el paso, el paseante que le da una patada al perro o que tira un envoltorio al suelo—, el idiota es el que no respeta a los demás, el que desprecia una norma de sentido común, el que, en definitiva, destruye las condiciones que permiten la convivencia. Y, por decirlo sin rodeos, la mayoría de esos comportamientos son en sí mismos síntomas de problemas profundos que no dependen solo de las personas en cuestión: condiciones laborales difíciles y precarias, una industria del ocio y el consumo absolutamente desenfrenada, el fracaso de las reglas que rigen las relaciones entre las personas... Para comprender bien la situación, habría que tener en cuenta un proceso según el cual no solo los idiotas destruyen las condiciones de la vida social, sino que también una sociedad

enferma produce idiotas. Lo importante es retener que los fenómenos humanos tienen un grosor específico, lo cual no impide que los idiotas existan.

He aquí, pues, una primera consideración importante: el idiota o la idiota se definen, a partir de un comportamiento que consideramos inadecuado, como unos seres que, aunque sea momentáneamente, identificamos como situados en un peldaño inferior de la escala moral en la que, sin ser perfectos, nos situamos a nosotros mismos en nuestro esfuerzo común por convertirnos en seres humanos cabales.

Antes de seguir adentrándonos en el tema, conviene responder a una objeción. Puesto que todos somos siempre el idiota de otra persona (véase el capítulo anterior), ¿tenemos en verdad derecho a decir de alguien que es idiota? Porque para él probablemente los idiotas seamos nosotros... Por otra parte, ¿quién sabe definir lo que es un ser humano cabal? Llevando este razonamiento a sus últimas consecuencias, la idiotez no existiría porque es relativa, igual que los criterios de valor en los que se asienta, y porque depende totalmente de un punto de vista individual. En este sentido, no reflejaría nada más que unas preferencias íntimas, válidas solo para cada uno. ¡Pues sí! Pero a mí este relativismo no me asusta. Admito que todos somos el idiota de alguien, lo cual no significa que todos los idiotas sean iguales. Al contrario, como cada uno hace su propia evaluación de la idiotez, el cotejo entre las evaluaciones produce necesariamente acuerdos y desacuerdos. Por lo tanto, en la situación local y urgente objeto de nuestro análisis, el idiota hombre o mujer es aquel o aquella que la mayoría de los demás están de acuerdo (pese a las variaciones) en considerar como tal: ello significa que la idiotez objetiva no es la que existe en lo absoluto antes de las evaluaciones subjetivas, sino la que resulta del cotejo de esas evaluaciones, de modo que podría decirse que la objetividad se define en la intersección de todas las subjetividades, como aquello que tienen en común. Así pues, el hecho de ser relativa no le impide a la idiotez tener su valor de verdad; al contrario, lo que expresa es justamente la verdad de las relaciones. Una vez más, la

conclusión es que podemos considerar que de verdad existen idiotas a los que, aunque sea local o momentáneamente, se les da peor que a los demás el esfuerzo común que realizamos por ser humanos. Y aunque cada cual pueda diferir en cuanto a los detalles, estimo que esto es algo que todo el mundo sabe.

No obstante, aquí se produce una curiosa anomalía. En la situación que acabamos de describir, los que se ven, por así decirlo, en el papel de testigos ante la idiotez deberían encontrarse en una posición elevada: si se considera que alguien (aunque sea de forma temporal) está situado, a causa de su comportamiento, en un peldaño inferior de la escala moral que evalúa nuestro esfuerzo por realizarnos como seres humanos, eso debería significar que los demás se encuentran por encima. Por lo tanto, ahí donde una persona se comporta de forma abusiva, contraproducente o peligrosa, deberíamos aprovechar nuestra preeminencia para pasar a la acción, restablecer sin dificultad el orden y, sin alterarnos, impedir al idiota causar daños. Pero no es eso lo que suele ocurrir. ¿Por qué? Porque la debilidad o la inferioridad moral no lo dicen todo de la idiotez. Hay que observar una segunda característica importante: la idiotez no es solo debilidad, es fealdad. Se define como la cara repugnante de la debilidad humana.

Y ahí empieza a fraguarse el verdadero problema. Paralizados por la sorpresa de juzgar a un ser como inferior (con más o menos razón, pero nunca sin razón), también nos sorprende percibir en nosotros una especie de retroceso, un desprecio o una repulsión que pillan a nuestras fuerzas por sorpresa. Sabemos, sentimos, que somos mejores que el guarro que no tira de la cadena en los retretes públicos, o que la baronesa que se cree que el dinero le da derecho a todo; y sin embargo nuestro valor no basta para hacernos triunfar por encima de su idiotez. ¡Al contrario! Es en proporción a la exasperación que despiertan en nosotros, en proporción a nuestro deseo de alejarnos de ellos o de hacerlos desaparecer de nuestro mundo, como distinguimos precisamente a los idiotas y los identificamos como seres que crean a su alrededor un reflujo de la benevolencia y el amor. Por eso la idiotez, que se basa en un juicio moral rotundo, desencadena al mismo tiempo

una relación afectiva —o sea, una emoción— en esencia negativa que, por un reflejo epidémico, por un exceso de impaciencia del que ni siquiera queremos saber ya si es saludable o suicida, hace que tengamos ganas de renunciar a nuestra común humanidad. Odiamos a los idiotas irremediablemente: *stultitia delenda est*.

Y entonces se pone en marcha un dispositivo extrañísimo, que pienso describir varias veces empleando diferentes imágenes, para no caer en diferentes trampas. Estamos reunidos en círculo alrededor de la pedorra o el pelmazo que nos amargan la vida, y coincidimos en situarlos por debajo de nosotros mismos... Pero en el momento en que empiezan a repugnarnos, empezamos a perder también nosotros nuestra capacidad de empatía. ¡Sí! Cuanto más sabes y más sientes que el idiota es un idiota, más pierdes tu equidad, más te alejas de tu propio ideal humano, y más te transformas tú mismo, exactamente en la misma proporción, en un ser hostil; o sea, en un idiota (y la prueba es que te conviertes en el idiota o la idiota del idiota). ¡Pues claro! Porque todo lo que hace ese capullo te hiere... porque en cierto modo no quieres ver a ese tarado... porque quieres proteger tu propio bienestar... Entonces el otro te pone nervioso, te repugna... pero, cuanto más retrocedes, más insultado te sientes... y por lo tanto retrocedes más... con lo cual te hundes más profundamente en tu desprecio... ¿Cómo no detestar al otro si la culpa es suya? Pero cuanto más lo detestas... más te hundes.

Esas arenas movedizas ilustran un proceso que nos indica, como conclusión de este capítulo, por qué es tan difícil avanzar frente a los idiotas. En efecto, las impresiones que sacamos de la imperfección humana consisten de entrada en una postura que rebaja y disminuye no solo al ser que observamos desde fuera como un objeto, sino también al sujeto de la observación, al presunto espectador. Ello significa que es estructuralmente imposible ser un simple testigo de la idiotez. Realmente, es contradictorio que la idiotez te deje en una posición neutral: la evaluación que te ha permitido identificar al idiota ya te ha hecho tomar partido en contra de él. Y esa falta de neutralidad no te deja indemne, sino al contrario: tu propio juicio acarrea

inmediatamente la disminución del amor y la benignidad que eres capaz de demostrar, aquí y ahora, hacia esa pelma o ese plasta. Así pues, si los idiotas constituyen una calamidad tan grande es porque son un problema dinámico que, nada más plantearse, destruye las condiciones que podrían permitir solucionarlo. Concluyo por tanto con la primera de las frases que denomino «plantillas», porque están especialmente troqueladas para que los más jóvenes, si lo consideran urgente, vayan a pintarlas por las paredes, y tú te las fijes debajo de los párpados para no olvidarlas jamás:

1

Tú no eres el profesor de los idiotas.
No cambies a las personas,
cambia las situaciones.

Cómo recuperarse del estupor

—Usted perdone... ¿No le parece magnífica esta playa?

—Mmm...

—Es increíble, ¡qué impresión de amplitud, de espacio!

—...

—Comprendo que se haya traído sus altavoces, es agradable escuchar tu propia música.

—Mmm.

—Sí, a mí también me gusta, me he traído los cascos... Pero... no sé... a lo mejor nuestra sombrilla le quita el sol...

—No, no. Además, ya irá girando la sombra.

—Pero ¿no podría...? Bueno, quizá sería agradable para todos... si usted...

—¿Si qué?

Donde se descubre el razonamiento inconsciente que te hace confundir el sufrimiento con el mal y por qué los idiotas son acontecimientos como los demás.

El círculo que he denominado «arenas movedizas» consiste en que la idiotez no se constata: por su carácter extremadamente contagioso, los idiotas transmiten su idiotez de forma inmediata o casi inmediata. Identificar a un idiota es empezar a convertirte tú mismo en uno, ya que identificarlo significa perder la sangre fría y la capacidad de análisis. Por lo tanto, cuanto más luchas por escapar de los idiotas, más ayudas a que nazca uno en ti. Es como una pesadilla, más repugnante que una película de ciencia ficción, una situación que explica e ilustra tu reacción de pánico.

El esfuerzo por romper el círculo ha dado lugar a una serie de observaciones filosóficas, religiosas, mitológicas, literarias y artísticas. Resumiéndolo de forma muy sintética: a ningún ser humano se le ha escapado que tendemos a que nos guste la gente amable y a sonreír a los que nos sonríen. De nuevo se trata de un círculo —esta vez virtuoso— en el cual el fenómeno que llamamos «amor» (o, si lo prefieres, «benevolencia») es capaz de autoalimentarse por la interacción entre sus elementos. Pero como la idiotez desencadena el fenómeno exactamente inverso y nos lleva a una retroacción de hostilidad, la solución pasa de un modo necesario por revertir la dinámica afectiva.

El problema se resolvería con solo invertir la situación y, como se lee aquí y allá, responder al odio con el amor, perdonar las ofensas, cambiar nuestras propias representaciones, poner la otra mejilla...; en definitiva, sonreír a ese gilipollas que te pone de los nervios, ya que solo tu propia generosidad podría ayudaros a

regresar —a ti y a él— a una humanidad mejor.

Desgraciadamente, esta proposición, que denominaré «sobresalto», comporta una dificultad que todo el mundo ha experimentado. El sobresalto moral supone, entonces, contrariar todas las fuerzas que tienden hacia el conflicto y por lo tanto interrumpir la lógica de las causas y los efectos; detener, en suma, el curso de las cosas para orientarlas en sentido inverso. Ahora bien, eso no solo parece muy difícil de hacer, sino incluso absurdo desde un punto de vista lógico. ¿Dónde encontrarás la fuerza para dirigirle siquiera una mirada cómplice al idiota que te desprecia, o para sonreírle a la cabrona que arruina a conciencia todos tus intentos? ¿De dónde puedes sacar esa fuerza suplementaria frente a la idiotez, cuando precisamente acabamos de definirla por su propiedad de expandirse, es decir, por la forma en que disminuye tus propias fuerzas morales? En realidad, el recurso al sobresalto presupone lo que este en principio debería engendrar, o lo que es lo mismo: te atribuye siempre la fuerza de hacer lo que «de derecho» debes, a sabiendas de que esa fuerza «de hecho» no la tienes.

He aquí por qué el sobresalto, sea cual sea la tradición en la que aparece, siempre tiene que ver con una lógica de la santidad y de la gracia: supone una fuerza que te supera, que no es del todo tú, una fuerza tal vez no del todo humana, capaz de tomar el relevo donde tú te rindes. En estas condiciones, para poder dar el sobresalto, debo aprender a convertirme en mediador de un poder más que mío, más que tuyo y tal vez más que humano. Llámalo Dios, los dioses, los espíritus, el sentido de la historia o no sé qué virtud moral, inspiración artística o poder racional; la fuerza suplementaria que permite dar el sobresalto siempre deberá venirte de alguna parte, y esa parte solo puede ser otro lugar (es decir, ni tú, ni yo, y menos todavía los idiotas).

Muchos hombres y mujeres de gran corazón han escrito sobre este tema, y no voy a extenderme más. Me limito a llamar la atención sobre el que en mi opinión es el principal aspecto por el cual la idea del sobresalto comporta una proposición interesante, por no decir genial. Y es que, además de expresar un buen

propósito, permite presentar el dispositivo de la idiotez desde una perspectiva que ni siquiera necesita contrariar las fuerzas para hacer que se inviertan. El procedimiento es el que describiré a continuación.

Ya he dicho que la idiotez nos inflige una herida que nos debilita desde un punto de vista moral; con todo, a pesar de nuestra primera impresión, ello no significa por supuesto que nos prive absolutamente de nuestras fuerzas. Está claro que la idiotez por definición nos hace daño, y los idiotas se perjudican en general a sí mismos. Pero eso no significa que la idiotez sea absolutamente un mal: aquí hay un efecto de aceleración y de exageración. Efectivamente, hacer daño y ser un mal son dos cosas diferentes, que hasta ahora hemos dejado diluidas bajo el efecto del pánico. Los idiotas hacen mal las cosas (es el juicio que podemos producir gracias a nuestra inteligencia) y de rebote nos hacen daño (es la determinación afectiva, que describe la relación entre los idiotas y nosotros). Pero no podemos deducir de esas dos evidencias que los idiotas encarnen una determinación del mal absoluto y universal. ¡Pero confiesa que lo pensabas! La noción del mal considerado de forma absoluta es una determinación que no tiene en cuenta las relaciones, sino que debe valer independientemente del marco en el que se ejerce. Ahora bien, sin discutir la consistencia de esa noción, habrás de reconocer que tu dolor local (nacido del hecho de que tu ex te acosa por el antiguo aspirador, o que tu colaborador te hace repetir cien veces lo mismo sin seguir tus indicaciones) te ha hecho pasar mentalmente de un marco relativo —la acción concreta del idiota y tu reacción particular ante su existencia— a una afirmación incondicional (*stultitia delenda est*: es del todo necesario destruir la idiotez universal, y si es posible aniquilar a ese idiota). Esta traslación mental es lo que se llama «una inducción», pues se pasa de lo particular a lo general, y en este caso la inducción es errónea. Mediante esa operación lógica inconsciente, el germen o el virus de la idiotez se han introducido en ti. Y entonces afirmas como absoluta una verdad que solo es relativa, y te colocas (por supuesto inconscientemente) en la posición de juez del universo; pero considerar la propia opinión

como un absoluto es una de las definiciones subjetivas del idiota, por la imagen divina que este tiene de sí mismo.

Pues bien, ahora ya estás preparado para admitir que, a pesar de tu sufrimiento, no puedes deducir de forma concluyente que la existencia del idiota sea un mal, ni siquiera que la idiotez que demuestra sea un mal (hablo aquí de la idiotez, no de los crímenes). Esta consideración tiene una grandísima ventaja: permite fijar la situación que he descrito más arriba como arenas movedizas. Porque acabamos de descubrir que no la genera tanto la interacción entre las personas como una especie de parálisis que se apodera de nosotros en el momento en que nos sentimos heridos (escandalizados) por el comportamiento de alguien, y nos entra el vértigo al fijar nuestra atención en la herida. Sí, el círculo vicioso que se ha establecido entre el idiota y tú lo mantenía otro círculo dentro de ti mismo, que hacía que tu fuerza y tu benevolencia se dividieran y se persiguieran mutuamente: como sentías dolor, considerabas la existencia del idiota como un mal, o, si lo prefieres, como una desgracia. Por eso he puesto este capítulo bajo el signo del estupor. Las arenas movedizas son una ilusión que se autoalimenta en y por el pánico. Como no sabías salir de ellas, has considerado que la única opción era destruir al idiota o su idiotez. Este razonamiento es natural y necesario, pero ha llevado tu reflexión a un callejón sin salida, sencillamente porque es incorrecto.

La irreductible negatividad de la idiotez aparece más bien como un acontecimiento que, como todos los acontecimientos, no es un mal en sí, aunque nos haga sufrir. Un acontecimiento, como todo el mundo sabe, siempre tiene un valor ambivalente; puede acabar bien o mal, más o menos bien o más o menos mal; no está determinado de antemano, aunque esté atrapado en los lazos de la causalidad. En definitiva, un acontecimiento es la realidad surgiendo desnuda y blanda como un recién nacido, disponible para el cambio. Y cuando un idiota se pasa el día dándote la vara con sus comentarios rijosos, es evidente que ese mamón está más que disponible. Constituye claramente una especie de invitación. Sí, te interpela. Pero no te invita ni a la violencia (lo cual te haría

caer en las arenas movedizas) ni a la santidad (aunque, si puedes, no te prives de ella): te interpela para ponerte a prueba. Debes ver en él la ocasión de demostrar ese valor moral al que con razón te remites cuando dices que es un idiota y que en tu esfuerzo por ser humano tratas de atribuirte a ti mismo. Y eso me lleva a la siguiente conclusión:

2

Donde aparece la idiotez,
debe manifestarse tu valor.

Cómo pasar del error a la oportunidad

Entre los idiotas están los que descargan en los demás sus frustraciones acumuladas, cubriendo a todo el mundo de reproches, propagando maledicencias, dejándose fascinar por todo el mal, por la cantidad casi infinita de calumnias que llegan a decir de los demás, y que solo porque no has dicho palabra acaban considerando que eres absolutamente encantador. Más tarde, cuando hayan acumulado de nuevo toda su bilis, irán en busca de otro interlocutor al que le soltarán todo el mal, la cantidad casi infinita de insidias acerca de los demás y le podrán contar cómo, por qué y hasta qué punto los has decepcionado.

Donde se descubre que la idiotez no tiene espectadores, solo cómplices, y que por eso no nos deja indiferentes y nos incita a actuar.

Si has leído las páginas anteriores con atención, reconocerás que cualquier idiota es un ser inferior, pero que no constituye una razón suficiente para perder la esperanza en todo el universo. De modo que ahora, una vez pasado el efecto de pánico, comprendes que un idiota crea entre tú y él un diferencial moral (porque efectivamente es inferior), te lanza un desafío (el de contrarrestar los efectos de ese diferencial) y por su propia idiotez te concede al mismo tiempo una ventaja que te sitúa por encima de él. Al comprender todo esto has recuperado el control de tu porvenir. Y si no te sientes ahora mismo en posición de fuerza, vuelve a leer las últimas líneas.

Así que, con el permiso de los místicos de la gracia y de los voluntaristas del mérito moral, no te hace falta buscar más fuerza que la que ya tienes; porque, ahora que has aprendido a distinguir el mal relativo del mal absoluto, comprendes que cuanto más idiota es un idiota más requiere, de ti y de nadie más, una respuesta adaptada para impedirle hacer daño. Poco importa ya que sea un insulto a la humanidad. Ahora vemos que es ese imbécil concreto el que desafía absolutamente en este momento tu propia humanidad. Esa humanidad, sí, que tú te esfuerzas en alcanzar.

Así, la idea de «desafío» ayuda a revisar de arriba abajo nuestra primera descripción y a salir de las arenas movedizas de una vez por todas, sin pasar por un sobresalto. No se trata solo de relativizar la idiotez; se trata de liberar tu atención de la parte negativa de la interacción (a saber, la gilipollez del gilipollas de turno), que por efecto de la estupefacción se emponzoña en ti y

pone en marcha un círculo de rechazo que te transforma en idiota. No cambies nada al principio, basta con volver a centrar tu atención en lo único que importa: el desafío que cualquier acontecimiento le lanza a tu humanidad. Hablo de desafío para subrayar la dimensión personal e íntima que constituye esa interpelación. No se trata solo de una ocasión ofrecida por casualidad a tu acción, sino de alguien —aunque se trate de un desconocido que no habías visto jamás y que no volverás a ver nunca— que se dirige a ti y solamente a ti.

Ahora ya sabes que lo primero en lo que hay que pensar cuando te topas con un idiota es en tener plena conciencia de que él mismo está entrando en las arenas movedizas (¿cuáles?, eso a ti te da igual) y de que, en estas condiciones, tú eres en cierto modo la única esperanza para nuestro común ascenso hacia lo humano. Para no hundirte tú también, debes tener en cuenta que un idiota es el testimonio de una disfuncionalidad, de una anomalía en el concepto que tú tienes de la humanidad. ¿Y quién debe defender este concepto sino tú? Por eso te incumbe a ti, y solo a ti, reconstruir la paz y la concordia. ¡Naturalmente! No vas a esperar que lo hagan ellos: son idiotas. Por consiguiente, cuanto más idiotas sean ellos, más sabio tienes que ser tú, o sea que debes esforzarte por comprender las cosas para poder cambiarlas.

Mientras que el sobresalto supone un excedente de amor que solo puede hallarse en grandes principios (el amor de Dios, la armonía universal, la razón, el pragmatismo, la fuerza, etcétera), la noción de desafío te incita, en cambio, a particularizar el enfoque del fenómeno hasta el punto de asumirlo exclusivamente como propio, como si el idiota fuera una carta certificada a tu nombre que solo tú debes abrir. Algunos te dirán que es el destino, otros que es Dios quien te la envía. En cuanto a mí, te digo que la idiotez no tiene testigos, lo cual viene a ser lo mismo, porque significa que, cuando aparece un idiota, no lo observas desde fuera, no eres el supuesto espectador que pretendes ser. Me dirás que no tienes nada que ver con su idiotez, pero yo te contesto que sí tienes algo que ver, porque eres la persona que la percibe. En este sentido, aunque te repugne, el idiota y tú formáis un equipo.

Para no tener que admitir lo que acabas de leer, tu pensamiento ha cometido frente al idiota un peligroso error de inducción, que consiste en borrar las singularidades de la situación. Y para terminar la fórmula con la cual quiero despertarte de la hipnosis y hacerte volver en ti, he aquí el gran escándalo: si la idiotez no tiene testigos es porque solo tiene cómplices. Sé por experiencia que esta idea es repulsiva, y sin embargo debemos arrancar de nuestra carne viva la espina que tan profundamente nos hiere. Ha llegado la hora de fijarte en tu propio papel en esta situación.

Lo que te da rabia, lo que tiñe inútilmente de rabia tu indignación, es cierta idea de responsabilidad con la que quieres sacudirte la idiotez del idiota. Crees que no eres tú quien debe resolver ese conflicto, puesto que no eres tú quien lo ha provocado. Crees que si das el primer paso hacia el apaciguamiento estarás aceptando la sugerencia insidiosa de que algo de culpa tienes en la idiotez del otro, de que en cierto modo eres responsable y por eso te corresponde tomar la iniciativa de hacer las paces.

Pues bien, tu resistencia está justificada. Te concedo que en efecto es el idiota quien moralmente es responsable de su propia idiotez. Por otra parte, es cierto que siempre son los idiotas los que provocan los conflictos, y la idiotez es suya. Pero te equivocas al conceder tanta importancia a este aspecto, pues una vez que el idiota ha aparecido en tu vida no sirve de nada lamentarse. Tal vez la culpa sea suya, de acuerdo, pero esta vida es la tuya. Así que tu atención debe limitarse exclusivamente a la situación que te afecta, para poder identificar tu margen de maniobra y elegir las estrategias más eficaces. ¿Me entiendes? El acontecimiento ha aparecido en tu vida y ahora te interpela: admito que como mínimo es sorprendente (lamentable y cómico) que el Gran Desafío de la existencia haya tomado la apariencia y la voz de ese pavo, de ese sujeto; comprendo que solo pienses en quitártelo de encima. Pero ¿acaso ignoras que los héroes siempre tienen que vencer a monstruos apestosos? Deja de gritar que es injusto para convencerte de que hay algún malentendido. Renuncia a la idea de que ese imbécil no tiene sitio en tu vida, porque es al revés. Se

dirige a ti, justo a ti, y ahora eres tú quien debe demostrar valor.

Esta consideración implica una redefinición de tu propia posición, pero también de tu campo de maniobras. Porque ya no te importa destruir al idiota. Ha existido antes que tú y es posible que continúe su vida en otra parte. Tu objetivo se limita a impedir que cause daños. Eso puede significar expulsarlo materialmente de tu vida, cosa que no siempre es posible. Incluso a veces ni siquiera puedes impedir que cause algún daño. Pero comprendes que ahora lo que importa es determinar con precisión el terreno de juego y colocar las piezas. Incluso en el caso de que, por razones jerárquicas, no puedas echarle la caballería.

Es cierto que el idiota te está amargando la vida y está pisoteando lo que para ti es importante, pero por eso mismo también te está ofreciendo una ocasión de oro para demostrar lo que vales. No seas brutal, ni ciego, ni precipitado. Es ahora cuando puedes demostrar tu inteligencia y tu tacto: esas cualidades solo sirven para eso, con él y por él adquieren toda su importancia. El valor humano no tendría ningún sentido si no se produjeran, de vez en cuando, encuentros desdichados que obligan a ponerlo en práctica.

En virtud de la ambivalencia axiológica de todo acontecimiento, y en virtud de la intrincación recíproca del sujeto y el objeto, la idiotez de los demás debe ser, pues, inmediatamente comprendida como una ocasión favorable, necesaria y oportuna para tu propio desarrollo moral. Como tú estás aquí, se adapta de maravilla a ti y a nadie más. En este sentido, concluyo ahora que los idiotas son una oportunidad, y por eso insisto:

3

Toma la iniciativa
de hacer las paces.

De las recaídas en la emoción

Los idiotas que quieren imponerse por su memoria o sus conocimientos han sufrido mucho desde que se han inventado los *smartphones*. Se les ve vagando, tristes, por los salones, como dinosaurios después de una glaciación. Nada más doloroso para ellos que advertir que, mientras sostienen algo sobre el Antiguo Oriente o las instituciones estadounidenses, su interlocutor saca el maldito objeto y lo comprueba en Wikipedia: es como contemplar a un cazador abatiendo a un animal de una especie en peligro de extinción.

Desgraciadamente, por un efecto de ecosistema que los biólogos conocen bien, la desaparición de los idiotas sabios va acompañada de la proliferación de los idiotas de experiencia. No hay más que ver el placer con el que te abruman citando el nombre de los países y ciudades que han visitado, de las personas a las que conocen o han conocido, todo ese prestigio con el que debes aceptar que se envuelvan injustificadamente ya que no han asimilado aquello con lo cual te quieren abrumar... Exhibicionistas desesperantes, que se pavonean sin abrirse la gabardina, carcomidos de antemano por la vergüenza de lo que se obstinan en no hacer.

Donde se discute el exceso de las emociones de manera tan profunda que da una idea elevada del autor, pero también de uno mismo.

Desafortunadamente, el análisis anterior solo te ha convencido a medias. Por supuesto, has comprendido que era importante relativizar en el día a día tu noción del mal, una operación lógica que ha detenido la espiral afectiva. Has admitido que el idiota no es un mal sino solo un sufrimiento, y que es en ese terreno donde debes luchar. Y al pasar de la culpa (del idiota) al desafío (para ti) has modificado el punto de vista: ya no piensas en lo que el idiota o la idiota te hacen perder (tiempo, paciencia, sangre fría, confianza en ti mismo, alegría de vivir...), sino en lo que te invitan a encontrar, o sea los medios para demostrar aquí y ahora paciencia, sangre fría y alegría de vivir.

Con todo, siento que te resulta difícil admitir que la imbécil que ha traicionado tus secretos o el cabrito que ha hecho una barbacoa debajo de tu ventana sean auténticos regalos en tu vida. Te comprendo, pero voy a demostrarte por qué estás en un error. (Hago constar que esta reflexión también la hago para mí, porque mi cabrito particular, de una forma totalmente ingenua y por así decirlo instintiva, parece decidido a amargarme la vida, incluso —lo cual es extraordinario— en el mismo momento en que escribo estas líneas.)

Para avanzar, es preciso incorporar a nuestra reflexión el carácter ineluctable de las recaídas. Los sabios más consumados no lo han ocultado: una vez que se conocen los principios generales de la filosofía moral (o, si lo prefieres, los caminos de la sabiduría), basta que un idiota se salte un semáforo y te abolle el coche cubriéndote de insultos para que toda tu habilidad lógica

desaparezca de golpe. También eso es estructural: sabemos que casi todos nuestros males son relativos, y por lo tanto se entienden como desafíos y como oportunidades en nuestra vida, pero cada vez que nos ponen a prueba, cada vez que se manifiesta, sin lugar a dudas, un sufrimiento, aunque sea ligero (porque, en realidad, ¿qué importancia tiene el coche?), volvemos a confundirlo todo y de nuevo la idiotez consigue sacarnos de quicio. Ya lo he dicho en la introducción, la idiotez ganará casi siempre. Razón de más para no rendirse.

A lo que acabo de describir lo llamaré en adelante «efecto fuego artificial». Este efecto consiste en que, al experimentar una emoción cualquiera (de hecho, incluso la alegría y el amor producen este efecto), el número de cosas que eres capaz de tener en cuenta a la vez se reduce de forma proporcional a la intensidad de lo que has sentido. Cuanto más fuerte es la emoción, más profunda es la oscuridad que la rodea. A cada nuevo *shock*, tu campo de visión se estrecha y el acontecimiento local adquiere un valor absoluto, como si nunca hubiera existido nada más brillante y luminoso. Decir que el sufrimiento te impide pensar no abarca el fenómeno; el efecto desempeña un papel esencial en la repugnancia que te produce incluso dirigirles la palabra a los idiotas, pues te obliga a fijar sin pausa la atención en su idiotez.

Los efectos de las emociones y el trabajo que requieren se interpretan generalmente mal, ya que gran parte de los filósofos y sus herederos tienden a priorizar un discurso de control. Hay que admitir que la idea es excelente. Cuando tu exasperación contra esa cretina o tu desprecio por ese zopenco explotan es indispensable limitar esa explosión. ¡Por supuesto no por caridad, y menos aún por cortesía! Pero la deflagración causada por la fuerza emocional puede estropear lo que te importa, es decir, entrar en conflicto con tus propios intereses. ¿Vas a decirme que es el idiota el que causa esa deflagración? No. Como tampoco el fuego artificial es responsable de la noche. En cambio, si das rienda suelta a las emociones, estas sí serán capaces de causar enormes daños en ti mismo y a tu alrededor.

En virtud de esa fuerza explosiva, las emociones se nos

presentan en primer lugar como fuerzas de desorden. También los idiotas son factores de desorden; por lo tanto, es muy sabio, como he dicho, que retomes las riendas de tus emociones. Solo así recuperarás el poder sobre los idiotas, cosa indispensable para que el universo recobre lo que tú consideras su marcha natural o, al menos, para que estés tranquilo.

No obstante, la noción de control sugiere que habría que oponer a la violencia de las emociones algo parecido a una fuerza represiva, como si la voz de la razón pudiera acallar las emociones. Contra la inmediatez del acontecimiento, habría que tener la perspectiva de la reflexión. Contra la intensidad de la vivencia, volver a la frialdad del pensamiento. Contra las limitaciones de la subjetividad, adoptar un punto de vista objetivo. Todo eso rebosa sentido común, y, como siempre ocurre con el sentido común, tiene una gran parte de ingenuidad.

Todo lo dicho tiene el inconveniente de presuponer la dicotomía entre dos entidades: un orden fijo, inmutable y bueno, y un desorden necesariamente malo y destructor. Mis estudiantes más impacientes reivindican el desorden, atribuyéndole cualidades positivas. Pero el problema no es el valor de los dos polos, sino la dicotomía misma. Hay que intentar ser más hábil. No es difícil admitir que un orden vivo es aquel capaz de acoger el desorden, y eso significa que la instancia de control no puede ser contraria a la emoción. Pero, en tal caso, si admitimos que esa función reguladora no puede ser ajena a las emociones, ello implica que necesariamente debe proceder de ellas, es decir, que las emociones mismas son susceptibles de autorregulación. Para explorar esa interesante hipótesis, debemos reconsiderar la forma como las emociones se articulan con los conceptos de orden y desorden. Veámoslo.

En primer lugar, debemos admitir que, aunque las emociones mal llamadas negativas —el miedo, la tristeza, la cólera, el odio— adolezcan siempre de algún error de juicio, no por ello se reducen a ser simples errores de juicio, es decir, a ser puras determinaciones lógicas. Las identificamos por unos estados a menudo observables y medibles (aceleración del pulso, sudores,

rojeces, lágrimas, etcétera) cargados de intensidad. Por consiguiente, las emociones deben aceptarse a su vez como acontecimientos, esto es, como desafíos de segundo grado. Al igual que la existencia de los idiotas, la existencia del odio, de la cólera, etcétera, no debe verse como un error, sino como un hecho. Por lo tanto, no solo tendrás que conllevar la existencia del capullo que se niega a recompensar tus esfuerzos, aunque solo sea con un gesto que no le costaría nada, sino que también tendrás que sobrevivir a las emociones que te inspira. Además, para hacerlo correctamente hay que invertir las cosas: primero, ajustar las cuentas con tus emociones y, luego, ocuparte de ese cabrón.

Una vez admitida su soberana existencia como acontecimientos, podríamos seguir sosteniendo que las emociones son casi siempre excesivas y, por lo tanto, se sitúan indudablemente del lado del desorden. Pero, mirándola bien, esa idea no se sostiene. Pues las emociones solo se vuelven excesivas (por definición) cuando superan un determinado umbral; ahora bien, para que haya un umbral es necesario que alguien o algo lo haya definido con anterioridad sin tener en cuenta la emoción; o sea, que ese umbral supone a su vez una instancia exterior. Ello nos indica que las emociones se convierten en excesivas cada vez que (y solo si) una instancia de control viene a irritar y a exacerbar su fuerza soberana. Lo explicaré con un ejemplo. Tú sabes que te conviene más no insultar a nadie, ni siquiera a los idiotas. Por lo tanto, la emoción que sientes en el momento en que te enfrentas a un mentecato choca naturalmente con la representación mental del deber de reserva que no quieres dejar de cumplir. Cuanto mayor es el obstáculo que esa fuerza encuentra en ti, más se transforma en violencia. Ello no significa que haya que dar rienda suelta a las emociones e insultar a todos los idiotas que se te pongan por delante, sino que hay que encontrar un medio de expresión adecuado a esa fuerza que actúa en ti, y cada vez que esa fuerza se manifiesta. Lo esencial aquí es comprender que la asociación inmediata entre la emoción y el desorden, la emoción y la irreflexión, la emoción y el exceso, no se basa en la naturaleza de la emoción, sino en una interferencia externa a ella, de forma que

nada de todo eso (desorden, irreflexión, exceso) procede directamente de ella. Por decirlo con imágenes: cuanto más opones tus mamparas al viento, más aumentas la probabilidad de que el viento las destruya; no por la fuerza destructora del viento, sino por la fuerza destructora del imbécil que pone las mamparas.

En vez de echarles la culpa a tus propias emociones, hay que afrontar la verdadera dificultad, que consiste en encontrarles una expresión correcta. Por correcta quiero decir que tus gestos y tus palabras deben afrontar el desafío de apurar la fuerza de las emociones expresando esa fuerza entera, hasta agotar la sed. También convendría que esa expresión estuviera adaptada a su entorno, que tomase una forma capaz de permitir que tus emociones no sean rechazadas o negadas desde el exterior, sino recibidas y comprendidas y, a ser posible, que esa expresión mejore tus interacciones futuras. Si por casualidad te parece que este esfuerzo por aliviar la emoción y adaptarla a las circunstancias es un poco ingenuo o biempensante, es que has leído mi proposición adoptando el punto de vista de una instancia de control. Te prometo, por el contrario, que aliviarás tu corazón como aliviamos nuestro intestino enfermo, y que haremos que los idiotas se traguen hasta la última gota.

4

No luches contra la emoción.
Apúrala.

De cómo la impotencia engendra el deber

Hay idiotas que se parecen a la vez a elefantes y a vasos de cristal. Nada más estrecharles la mano, te inspiran una impresión terrorífica de riesgo. Sabemos inmediatamente que hay que andarse con cuidado; esquivamos el conflicto casi a cada frase, a cada mirada; ese malabarismo continúa cada vez que nos los encontramos, pero nunca estamos seguros de que la cosa no se vaya a estropear. Y llega el día en que todo se derrumba. Al contemplar las cosas que los idiotas han hecho añicos, experimentamos lo irreparable, que es una de las experiencias más dolorosas y fascinantes que existen. Algunos filósofos, para consolarnos, aseguran que lo irreparable era en el fondo inevitable; pero es una mentira piadosa. Lo irreparable se produce casi siempre por accidente. Y eso es precisamente lo que define a los idiotas: convierten los accidentes en inevitables.

Donde se descubre que la postura moralizadora frente a los idiotas se basa en un sermón implícito, que ese sermón es un truco y que ese truco te condena a la insatisfacción.

Los análisis anteriores han permitido reducir el problema a sus justas proporciones: el desafío, aquí y ahora, de un idiota, hombre o mujer, que nos amarga la existencia. Ese desafío ha orientado tu esfuerzo en la buena dirección, es decir, no contra tus emociones sino con ellas. Ahora podemos volver a los hechos, a los actos por los cuales los idiotas te abruman y merecen tu desprecio, y tratar de ver cómo responder a ellos.

Quiero empezar llamando tu atención sobre un punto concreto: aunque haya seres repugnantes en todos los sentidos, ser un idiota —al igual que ser un sabio— no es la esencia de nadie, se trata solo de una forma de actuar. Por lo tanto, es inútil jugar con las palabras observando que el término *idiotez* se emplea en dos sentidos y designa a la vez el acto que se realiza (una idiotez) y el predicado moral que le atribuimos (la idiotez). Nadie es idiota de nacimiento, aunque haya idiotas inveterados. Por consiguiente, hay que admitir que hacer una idiotez y ser un idiota son dos expresiones que significan exactamente lo mismo. Por eso —y es lo que me interesa— la respuesta más común a la idiotez consiste en concentrarse en el acto considerado de forma aislada y en cortar el lazo entre lo que somos —seres humanos— y lo que los idiotas, en su idiotez, no son pero deberían ser, es decir, otros seres humanos.

Podemos decir, pues, que la rabia que te inspiran los idiotas se articula inmediatamente con la representación del deber: crean una ruptura entre lo que hacen y la manera como un ser humano cabal debe comportarse, al menos según tu concepto de lo

humano. Por ahora, no voy a discutir esa representación ni la extensión mayor o menor de tu humanidad. Quisiera en primer lugar poner en valor una determinada postura moralizadora.

Que tu reacción se resuma en un chorro de insultos o se despliegue en una gran conferencia improvisada, que masculles tus reproches o que caviles el asunto en tu fuero interno, el caso es siempre el mismo: la idiotez en general te provoca unas consideraciones que se reducen en definitiva a un sermón o a una lección de moral. «¿Qué te pasa, eres idiota o qué?» «Sí, te has portado como una idiota.» «¡Ya basta de idioteces!» En todas estas expresiones tan simples y concisas se detectan formas de dar lecciones morales. Durante una operación tan rápida que se desarrolla inconscientemente, tu cerebro coteja una serie de deberes morales de lo que debe ser un ser humano con un acto que está infringiendo esos deberes, y golpea una cosa contra la otra como un simio que quiere meter el redondel azul dentro del cuadrado blanco. No hay manera. No encaja.

Sin embargo, te reconozco que evaluar los comportamientos según una escala de valores y tratar de que los demás compartan el sistema en el que se basa no es totalmente absurdo. Efectivamente, cuando una persona le echa un sermón a otra intenta apoyarse en la capacidad de esa otra para comprender una serie de reglas y admitirlas como válidas con el fin de hacerle reconocer su acto como lo que es. Porque si el idiota reconoce que ha cometido una idiotez, entonces por definición deja de serlo. En este sentido, la tendencia a darle lecciones de moral no es sino un esfuerzo por separar al idiota (al individuo mismo, entendido como agente) de su propia idiotez (entendida como acto). Este podría ser, en cierto modo, un primer paso para reconciliaros: tú querrías encontrar en él un apoyo y no un adversario; de modo que, para convencerlo de pasarse a tu bando, le expones, por así decirlo, las reglas de tu mundo. Si las admite, seréis dos humanos que se enfrentan juntos al mismo acontecimiento.

Dar lecciones de moral es, pues, tratar de transformar aquello con lo que el otro se identifica. Se trata de hacer que el idiota se disocie por sí mismo de su acto, que se identifique más bien con el

sistema de valores que tú intentas defender, para que en el futuro la persona que tiene una conducta inadaptada no vuelva a repetirla. Ello equivale a decir que haces un esfuerzo por reorientar la construcción subjetiva del otro, con el fin de que sitúe su acto en una escala de valores en la cual, reconociendo su error, deberá progresar. De paso, comprendes que únicamente la adhesión a un sistema de valores definido de forma cualitativa permite formular una comparación entre las personas en términos cuantitativos (de más a menos en una escala de valores). Lo esencial es que todo discurso moralizante apela a la noción de un deber que se trata de hacer reconocer a alguien que no lo ha cumplido, con la esperanza de que, al reconocer ese fallo, se muestre en adelante mejor.

Ahora bien, aquí se produce una inversión absolutamente espectacular, ya que, sea quien sea la persona que habla, vemos que la noción de deber necesita formularse a través de un extraño rodeo. Por supuesto, en lo concreto de las situaciones los intercambios reales pueden reducirse a insultos. Pero detrás de las palabras más simplistas funciona una mecánica de las representaciones que es posible desvelar. No aparece en lo que le dices de verdad al idiota; se trata de un discurso implícito del que tú mismo no eres consciente y que podría expresarse así: «No has actuado como hubieras debido actuar, y eso no lo digo yo, es más que yo». Cuando la proyectamos hacia el futuro, la formulación del deber se convierte más o menos en esto: «No debes actuar así, no porque yo te lo diga (N. B.: yo ya he sido incapaz de evitarlo), sino porque algo distinto de mí te lo dice (por mi boca)».

En la postura que trato de expresar aquí con palabras hay una mezcla muy curiosa de juegos de espejos y de proyección. Primero, el locutor se desdobla en dos entidades: es el que habla en primera persona, pero se refiere también a algo distinto (la ley del deber) que habla a través de él. En otras palabras, su discurso está construido para ocultar la implicación del que habla, remitiendo la prescripción que formula (debes o no debes) a una autoridad externa. ¿Por qué esa postura moralizadora debe referirse siempre a otra cosa? Sencillamente porque la palabra del que habla no basta para establecer lo que dice como un verdadero deber: el que

está hablando no tiene autoridad para ello ya que, a los ojos de su interlocutor, en ese momento el idiota es él.

En segundo lugar, es evidente que esas palabras se dirigen a un destinatario que también se desdobla en dos entidades: el que de verdad ha cometido la idiotez y la imagen ficticia del ser humano que no ha logrado ser.

Este análisis permite hacer evidente un dispositivo de proyecciones imaginarias, donde el que habla se proyecta en una sombra que parece no ser más que su doble (un fantasma conceptual que en teoría habla por su boca) y se dirige a otra sombra (a saber, el hombre que su interlocutor no ha sido). En suma, es como si hubiera dos personas, una al lado de la otra, mirándose a un espejo: el ser humano que yo no soy se dirige al que tú no has sido.

¡Cuidado! No me parece problemático que la moral suponga una proyección de uno mismo —e incluso de un uno mismo ideal — en el otro, pues pienso, como tú, que la humanidad sería mucho mejor si se compusiera exclusivamente de personas como vosotros (mis lectores y lectoras). ¡Estoy convencido de ello! Pero me parece indispensable identificar en este sermón implícito un truco fundamental, que consiste en una doble negación. La primera: cuando formulas los deberes de otro, hablas y piensas como si no fueras tú el que habla y piensa, y pretendes formular una ley incondicional del deber cuando es absurdo que un ser humano pueda formular una verdad sin precisar antes las condiciones para que dicha verdad sea válida. En segundo lugar, interpretas el acto del idiota como si ya hubiese perdido su idiotez; es decir, supones como ya logrado aquello que pretendes conseguir, que es la transformación de una carroña en un ser humano.

Estas observaciones no son tan difíciles de entender, ya que, al fin y al cabo, el doble desfase que acabo de señalar —un locutor (yo) que dice que no habla, a propósito de un objeto (tú) que no es lo que es— expresa claramente una cosa: en cuanto adoptas una postura moral, y da lo mismo que insultes o que largues un sermón para hacerlo, estás tratando de decir algo que no logras decir, que no puedes decir, y que expresas con una formulación terriblemente

chapucera, general y hasta aberrante, de suerte que hay que estar muy habituado a las lógicas informales para sacar algo en claro. Solo hay que entender lo siguiente: sin confesarlo ante los demás, el que da lecciones morales confiesa en realidad su propia impotencia. Si evoca lo absoluto y convoca a toda la humanidad es porque él mismo no consigue decir lo que quiere de una forma que sea satisfactoria para él y para su interlocutor.

Por consiguiente, el discurso moralizador es en el fondo el canto típico del Gran Pánico del que intentamos librarnos. Digo *canto* porque las palabras prácticamente carecen de significado. Frente a las víboras y otros bichos, tu sufrimiento es tan intenso que tu fuerza expresiva se divide, se repliega sobre sí misma y se expresa con un absurdo «No digo lo que digo», lo cual puede interpretarse como una forma extravagante de querer decir «Ya no sé lo que me digo, imbécil; apiádate de mí».

Así pues, en la medida en que traduce cierta postura que consiste en permanecer trabado, mudo, negado en la propia palabra, todo sermón expresa lisa y llanamente una petición de ayuda. Date cuenta de lo absurdo que resulta: ¡estás pidiendo ayuda a tu adversario! ¡Y arruinando tus propias capacidades expresivas! ¿A qué pesadilla te estás dejando arrastrar? ¡Por favor, amigo! ¡Despierta!

5

Abandona la postura moralizante.
Deja de juzgar. ¡Ya mismo!

De cómo las autoridades morales entran en conflicto

El operador de telefonía, con sus frases estereotipadas, permite experimentar la propia impotencia con una agudeza extraordinaria. Al final de una larga espera puntuada por órdenes repetitivas —«marque 0», «marque 1», «marque 1», «marque 1»— aparecen unos empleados precarios a los que pillas con la guardia baja y que vacilan ante tus preguntas, ya sea por falta de formación, ya sea por auténtica impotencia. Entonces, tu humillación por las cosas (que de hecho es casi permanente en la vida, pero que llamamos simplemente «realidad») empieza a refluir sobre sí misma y se convierte en cólera de pura impotencia, lo cual es, en el fondo, una especie de vergüenza. Mientras tanto, tu interlocutor te lleva de una oferta de servicios a una promoción excepcional, y a ti te entran ganas de estrangularlo.

En suma, igual que un perro o un zorro intentan transmitir la rabia una vez que han sido mordidos, el operador te salta a la yugular cuando los dos sois impotentes. Así pues, las sociedades de la comunicación nos remiten, con una crueldad que nadie más se atrevería a emplear, al fenómeno que se supone que están destinadas a superar: la incomunicabilidad. Como todo esfuerzo de comunicación, esos servicios de atención al cliente están menos destinados a resolver tus problemas que a sofocarlos hasta que llegue la siguiente factura.

Donde se estudia el conflicto de autoridad al que los idiotas nos arrastran, y cómo apaciguarlo.

A fuerza de obstinación, los idiotas han logrado que nos enredemos con los principios fundamentales de la moral. No temas: una garantía de que no formas parte de ellos es que pensar te da placer. Por lo tanto, aunque nuestro camino se vuelva más exigente y te haga fruncir el entrecejo, confío en que sabrás soportar lo que en filosofía se llama «el goce», que consiste a grandes rasgos en atacar las propias defensas conceptuales, penetrar en las brechas y explorar nuevos horizontes.

Así pues, considera la hipótesis siguiente (todavía no la doy por demostrada): nuestra forma de sermonear a los idiotas, explícitamente o no, sería el canto rabioso de nuestra propia impotencia. Por extensión, la noción de un deber moral que se les aplica podría ser simplemente la proyección en ellos de nuestra imposibilidad de reconocernos en la asombrosa idiotez que llevan como estandarte. En definitiva, todo sermón comportaría este sobrentendido: «Como no logro hacerte actuar como quiero, afirmo que debes hacerlo».

Seguramente me dirás que no debería zarandear así la moral, que la moral nos permite convivir y que si no admitimos como absolutos algunos valores no iremos a ninguna parte. O bien, a la inversa, me dirás que podemos desembarazarnos ya de esa culpabilización inútil y ciega, que si permitimos que las normas obstaculicen la espontaneidad y la innovación no iremos a ninguna parte. Pero tu sensibilidad a la moral como sistema es del todo indiferente a mis palabras, ya que todavía no estudio la moral misma; hablo de la interacción en la cual un ser humano adopta

(incluso implícitamente) una determinada postura moralizante hacia otro ser humano, algo que cualquier padre de familia, cualquier amiga sincera, pero también cualquier maleducado impertinente no deja nunca de hacer, con razón o sin ella.

En ese contexto, la noción de deber aparece como un operador lingüístico destinado a empujar a la acción cuando faltan otros motivos, es decir, ocultando la relación entre los interlocutores, enmascarando a los agentes de la situación y evitando toda articulación entre los deseos, lo cual, en definitiva, es una manera de privar a la interacción de todo lo que podría hacerla productiva.

No es imposible que esa postura sea racionalmente infundada, pero lo que ahora me gustaría demostrar es que resulta sobre todo ineficaz. Relee esta fórmula como si te la hubiera dirigido un imbécil: «Eso no puede seguir así, no porque yo te lo diga, sino porque algo que no soy yo te lo dice».

¿A que no te afecta lo más mínimo? Como con las mentiras de un mitómano, dejas hablar al que te da lecciones, pero no le escuchas; no admites que haya en lo que dice ni una brizna de verdad. Por consiguiente, hay que admitir que el sermón es una respuesta insuficiente a un problema real. El problema, en efecto, consiste en que la confianza mutua de los interlocutores, es decir, la confianza en la capacidad del otro para formular algo que sea verdadero o admisible se ha perdido. Este punto es del todo crucial: con los idiotas, y por su culpa, la rama en la que descansa el lenguaje se ha roto. Más concretamente, algo en la interacción humana se ha cerrado a cal y canto, lo cual hace imposible el juego social y al mismo tiempo invalida las reglas elementales de los intercambios verbales más sencillos.

El discurso moralizante permite soslayar este problema una primera vez, sugiriendo que lo que tú dices no depende de ti y, por lo tanto, que el idiota puede admitirlo, aunque no tenga ninguna confianza en ti, porque existe efectivamente una ley moral, una ley que no me invento yo, y que prohíbe tal o cual conducta. Pensándolo bien, la forma como la postura moralizante disimula la implicación del locutor en lo que dice es bastante hábil, ya que el

disimulo es indispensable para restablecer la comunicación entre dos seres que ya no quieren escucharse.

¿Por qué entonces funciona tan mal? Porque la autoridad moral sigue siendo totalmente hipotética; solo es la sombra de lo que se ha perdido, que es la confianza entre los interlocutores. De ahí que esa forma de autoridad no sirva para nada. Los idiotas no quieren saber nada de lo que tú tratas de imponer con tus razonamientos, que por otra parte no entienden en absoluto. Así, la crisis de confianza se traduce en un conflicto de autoridad, y dicho conflicto de autoridad se convierte en un conflicto de interpretación, o sea que, al final, a pesar de su apariencia digna y envuelta en la virtud, el sermón no ha hecho más que desplazar el problema sin resolverlo.

Así que a tu interlocutor, si tiene el don de la palabra (lo cual por desgracia es el caso de la mayoría de los idiotas), le faltará tiempo para devolverte la cortesía y responderte a su vez con un sermón. Y aunque reconozcas que hay una diferencia entre el bien y el mal y admitas que hay una forma deseable de regular las conductas humanas, no será un imbécil como él quien te dé lecciones de moral, ya que en este caso es precisamente él quien se la pasa por el forro.

Pero hay algo peor que eso, porque los verdaderos idiotas —los que no son ni serán jamás tus amigos— disponen de un sistema de valores diferente del tuyo, según el cual el comportamiento que tú consideras inadmisible les parece perfectamente correcto y es el tuyo el que por el contrario etcétera. He aquí tal vez la verdad más difícil de admitir, la más abismal, la más insoportable de todas las que este libro debe revelar: los seres humanos no siempre son idiotas por error, por azar, por defecto o por exceso, por circunstancias y por así decir a su pesar. Hay idiotas sistemáticos.

Siento mucho que el destino me haya elegido para desvelar esta verdad, pero, puesto que la sufrimos todos, más vale mirar las cosas de frente. Lo que denominamos en general «la alteridad» no designa solo diferencias físicas, lingüísticas y culturales que enriquecen a la humanidad. La alteridad también significa que en todas las sociedades y todas las capas sociales hay seres —y no uno

solo, aislado, sino con amigos que están de acuerdo con él— a los que no les importa la coherencia y que, en vez de tener un sistema de valores diferente del tuyo, lo cual sería interesante en sí, han asumido como valor el no tener ninguna lógica, es decir, el ser totalmente incoherentes. Son lo que yo llamo «idiotas sistemáticos». Si dudas de su existencia (cosa que yo mismo habría hecho hasta hace poco), te puedo presentar a uno que no es ni tonto ni loco ni siquiera malo, y brillante además en su profesión (los verdaderos idiotas raras veces son tontos). Este auténtico diamante —el más puro que he tenido la suerte de tratar— no quiere comprender, aunque dispone de medios para ello, y se obstina heroicamente en su propia idiotez.

Así pues, la gran dificultad con que se topa el discurso moralizador cuando se dirige a un idiota es que presupone una base mínima común, a partir de la cual se podría discutir para evaluar juntos nuestros comportamientos. Pero al contrario de lo que ocurre con los hijos y en general con los que están unidos a nosotros por relaciones de afecto, los idiotas no tienen ninguna razón ni para aceptar nuestro sistema de valores ni para hacer el esfuerzo que consiste en comprenderlo para ponerlo en cuestión. Con alguien que se niega incluso a la idea de establecer conjuntamente unas reglas es imposible entenderse, lo cual sume a todo el mundo en una situación de máxima impotencia.

¿Por qué no quieren negociar los idiotas? Porque no reconocen en ti ninguna clase de autoridad. Pero ¿por qué, me responderás, se niegan a que nos sometamos juntos, en pie de igualdad, a la autoridad superior de la razón?

Ya veo que no lo entiendes. Los idiotas no quieren saber nada de ti. No solo no te tienen ningún respeto, sino que sobre todo no desean reconocer tu existencia. No te tienen en cuenta. Su mayor deseo es hacer como si no existieras, o, más exactamente, como si tu existencia y todo lo que implica en cuanto a deseos, pensamientos esperanzas, temores, demandas inquietas y ternuras contenidas, todo ese mundo de emociones, señales e imágenes que tú llevas a flor de piel, no tuviesen ninguna clase de pertinencia. Para ellos, tú no existes. Esta postura es tan estúpida, y por otra

parte tan profundamente insultante, que te deja estupefacto, pero debes admitirla de una vez por todas. Entre tú y ellos, la *cohumanidad*, y diría que incluso la coexistencia, se ha derrumbado. Esta experiencia, que yo he vivido bajo mi propio techo, ha abierto ante mí, sin exagerar, uno de los abismos más vertiginosos de mi vida.

Esta catástrofe hace inútil todo esfuerzo por establecer algo que parezca un diálogo, pues ya no hay confianza, ni tampoco un deseo común entre el idiota y tú. Por tanto, no se trata de negociar, porque ya no hay traducción entre los mundos. He aquí por qué la autoridad (la de la razón, la de la moral, la de Dios o la de no sé qué absoluto) entra en conflicto consigo misma: si bien constituye un intento desesperado por crear un sobresalto, se derrumba en medio de la interacción. De todas formas, cuando le das una lección de moral a un idiota, le hablas en un dialecto que no entiende. Las rigideces y las ambigüedades de las lenguas ya crean malentendidos permanentes entre gente bien educada, pero en el momento del drama la incomunicabilidad adquiere proporciones abismales.

Por desgracia, eso no es todo. Pues nuestras interacciones no son solo lingüísticas, implican todo un abanico de impresiones sensoriales (tono de voz, gestos, posturas, apariencia física, pero también digestión en curso, ecos de experiencias pasadas, etcétera) que cada uno interpreta en todos los sentidos, opuestos y contradictorios entre una persona a otra. Esta semiótica general hace incontrolables las direcciones que toman los individuos cuando pierden la sensación de su *cohumanidad*. Tiemblo al escribirlo: no hay nada, en estas condiciones, que no sean capaces de hacer.

Para finalizar, si me lo permitís, me parece útil recordar que las patologías de la interacción que conducen a asfixiar la comprensión que tenemos unos de otros, y por lo tanto la confianza que otorgamos a los demás y la autoridad que nos reconocemos mutuamente, no se reducen del todo a malentendidos simbólicos; también hay entre los humanos un no sé qué de afinidades y de enemistades profundas (llamémoslas espirituales,

vibracionales, feromonales o como queráis) que hacen que, desde siempre y para siempre, haya algo en ti que a los idiotas no les va, que les incomoda, que a veces incluso los agrede antes de que hayas hecho un gesto y dicho una sola palabra. Lo cual por lo general es recíproco.

Entre tú y yo, aunque no te guste mi voz o aunque tu forma de rascarte me moleste, siempre podremos escucharnos. Con los idiotas es distinto. Por un efecto de flujo y reflujo, el idiota intenta someterte por todos los medios a su pseudosistema destruyendo el tuyo y, justamente porque esa es su lengua (si es que a eso se le puede llamar lengua), en general resopla, tiembla, muge, etcétera, y te provoca, te irrita, te ultraja por todos los medios; hasta a veces perora a voz en grito y te explica su vida pontificando.

Ahora ya no tenemos más remedio que reconocerlo: si hay un conflicto en las autoridades es sin duda porque se ha perdido la empatía, y con ella las condiciones para restaurarla. En ese desastre interaccional, nuestra común humanidad ha naufragado. ¿El idiota todavía te habla? En el punto al que hemos llegado, sin duda vale la pena escucharlo.

6

Renuncia a los juegos de lenguaje.
Los idiotas no quieren comprender.

¿Cómo escuchar a un idiota?

—¡Mentira!
—¿Cómo que mentira?
—¡Te digo que es mentira! ¡No es verdad!

(Cuando la postura es recíproca:)

—¡Bah, qué más da!

Donde se aprende cómo escuchar o incluso hacer hablar a un idiota para aplacar los conflictos. Y cómo responder.

Resumamos la situación. Cuando surge un idiota en tu existencia, lo hace naturalmente a través de un acto o una palabra que pone en evidencia su idiotez. Tu atención se concentra entonces en ese acontecimiento, considerándolo de forma aislada. Al considerarlo (y en general lo consideras demasiado), todo lo que hay de humano en ti —el corazón, el espíritu, el alma racional, los intestinos y la epidermis erizada de escalofríos— te indica que ese acto no debe llevarlo a cabo un ser humano, al menos en la situación que te ocupa. Y ello hace que sientas afirmarse en ti unos valores morales que deseas ver compartidos. La lección de moral (implícita o explícita) que das entonces es por tanto una llamada a reconocer esos criterios. Sin embargo, mirándolo bien, esa llamada es un grito de impotencia, ya que supones (sin darte cuenta) unas condiciones que corresponden justamente a las que se han perdido. Es posible admitir, por supuesto, que el sermón esté destinado a llamar la atención del interlocutor para que este actúe, en el futuro, con más cuidado y más conciencia de las consecuencias morales, políticas, económicas, ecológicas, etcétera de sus actos. Pero existen otras maneras de animar a los demás a hacer o a no hacer.

Esta consideración incita a renunciar a la estrategia moralizadora cuando te topas con un idiota, pero sobre esto volveremos más adelante. Aquí quiero señalar que esta consideración permite escuchar tranquilamente a los que te dan lecciones de moral. En efecto, la reacción más corriente, la más natural y la menos eficaz consiste en defenderte de la falta de la

que se te acusa. Pues a los idiotas les encanta culpar a los demás. Ahora bien, al tratar de justificarte, cometes a tu vez un número tan fenomenal de errores que renuncio a enumerarlos. Pero admite al menos lo siguiente: en el momento de balbucear tus justificaciones, ya ni siquiera sabes a qué sistema de valores (el tuyo o el suyo) te estás refiriendo. Podría demostrar que en los dos casos te equivocas; pero para ir deprisa, ¡por favor no sigas! Asimilas (o finges asimilar) el sistema que el idiota trata de imponerte, cuando en realidad los idiotas sistemáticos no tienen sistema, ¡no respetan ninguna coherencia! Así pues, no te justifiques, es humillante, inútil y hasta peligroso (porque ¿cómo le perdonarás que te haya obligado a justificarte?) Aunque reconozco cierta generosidad en tu esfuerzo, es indispensable primero que aprendas a recusar su tribunal. Si no empiezas por pasar del juicio de los idiotas, no saldrás de esta.

Fíjate más bien en lo siguiente: la persona que te da lecciones de moral en realidad está lamentándose de su propia impotencia. De hecho, quiere que reconozcas su capacidad para inspirar confianza cuando ella misma la ha perdido (a decir verdad, la habéis perdido los dos en el naufragio de la interacción). Por lo tanto, su discurso es un lamento. Para escucharlo bien, hay que despojarlo de toda prescripción (que nada, absolutamente nada te obliga a reconocer, ya que la prescripción solo puede recibir su autoridad de ti) y de toda culpabilización (que es una manera para el que da lecciones de proyectar su vergüenza en ti). Lo que sí hay que acoger, en cambio, es su lamento y aceptarlo como el testimonio de un dolor que solo pide ser reconocido.

En el fondo, en vez de decir «Me duele», el moralizador expresa lo mismo con un rodeo, diciendo «No debes hacerme daño». Pues bien, olvida la primera mitad de la frase, no caigas en la trampa que consiste en contestar que la culpa no es tuya sino suya; en definitiva, prescinde del «debes» y escucha su queja. Porque, si has seguido este análisis desde el principio, habrás visto que el objeto de la lección de moral ha sido siempre el reconocimiento; aunque allí donde creías que se trataba principalmente de lograr que se reconociera una falta (que es el

principio mismo de la vergüenza y del arrepentimiento), resulta que el reconocimiento del motivo que hace hablar y, recíprocamente, la del motivo que hace actuar son mucho más importantes que los debates para determinar quién tiene la culpa.

Siguiendo este hilo, es posible dejar de caer en la trampa del discurso universalizante (explícito o no) subyacente a muchos conflictos que nos oponen a los idiotas. En efecto, el sermón procede de una huida hacia las generalidades (inducción) directamente ligada al naufragio de la interacción. Tal como he demostrado, esta estrategia no restaura nada de lo perdido, puesto que en vez de convencer al otro hace que los discursos den vueltas alrededor de una confianza que ha zozobrado. Por eso el que le da lecciones de moral a otro le está pidiendo el reconocimiento de una autoridad, para restaurar la confianza. Pero como lo hace sin decir a las claras la persona en la que se trata de tener confianza (a saber, él mismo) será muy difícil que la pueda restaurar. Si tiene frente a él a un zoquete absoluto, ¡no lo logrará jamás!

No se puede romper el círculo del moralismo, que gira alrededor de una confianza perdida para siempre, si no es reconociendo el sermón como un canto de duelo, que es consecuencia del naufragio de la interacción.

Así, identificando la demanda de reconocimiento que se expresa en los sermones es como lograrás dejar de sufrir por los falsos efectos de autoridad, que en realidad son discursos de impotencia. Desde el punto de vista estricto del discurso, eso significa que la resolución de nuestros conflictos con los retorcidos, los cuñados y otros gilipollas no debe concebirse tanto en términos de juicios (que determinan proposiciones teóricas del tipo «Sócrates es un idiota») como en términos de relatos que permiten reconstruir, a través de la narración, la trayectoria de las representaciones y los deseos. De esta forma, hemos descubierto el tipo de discurso que debe permitir aliviar las emociones, tanto las de los idiotas como las tuyas: se trata sobre todo de relatos. Al fin y al cabo, solo la narración permite apaciguar el conflicto, al hacer posible que la verdad emerja en la intersección de los puntos de vista, sin necesidad siquiera (al contrario de lo que ocurre con un

discurso conceptual) de ponerse del todo de acuerdo, ser completamente preciso o tener alguna certidumbre.

Por otra parte, el privilegio absoluto de la narración en el marco de las interacciones humanas es una de las cosas más bellas que se pueden observar en el mundo. Porque una vez que hayas aprendido a reconocer el sufrimiento, a acogerlo y a procurar que se exprese experimentarás lo siguiente: los sermones que recibas perderán su principal poder (el de irritarte) y la persona que te los eche perderá progresivamente su tono acusador para abandonarse a una confesión que la aliviará. Porque si el idiota quiere tener razón es muy poco probable que te mienta. Para demostrarte que la razón está de su parte, te hará un relato sincero. Y sincerarse de esta forma con otro es algo distinto de la comunicación, es, de un modo profundo, hacer algo juntos.

Desde este punto de vista, lo que yo llamaba «el fuego artificial», a saber, el hecho de que un acontecimiento que suscita una emoción intensa nos impida pensar, no se resuelve, como los filósofos tienden a creer, con un sobresalto de inteligencia que permita aclarar las zonas oscuras y explicar por sus causas los comportamientos y las palabras de los idiotas. Solo se puede superar el fuego artificial que nos ofrece la idiotez humana renunciando de una vez por todas a la conceptualización (es decir, a los juicios) y confiando en los poderes de la narración. ¡Sí! Porque entonces ya no hace falta estar de acuerdo con la versión que los idiotas dan de los hechos; ni siquiera es indispensable comprender lo que dicen. Piensa que, en la música, una melodía ofrece un hilo narrativo sin que haya absolutamente nada que comprender. Lo esencial es considerar lo siguiente: cuando te topes con un idiota, debes renunciar a una comunicación de tipo clásico (en particular conceptual); lo más urgente es abrir el confesionario. Los idiotas sufren, ¡vaya si sufren! Aunque su lengua no sea la tuya, déjales explicarte por qué. Claro que es un poco repugnante, mortalmente aburrido y que no tienes ningunas ganas de ayudarlos. Pero nadie, ni siquiera ellos, te pide que resuelvas sus problemas. En cambio, escuchando su queja, animándoles a decir lo que quieren, conseguirás tus fines: restaurar parte de su

confianza y hacerte la vida más fácil.

Me dirás tal vez que los idiotas, después de habernos hecho relativizar la moral, parece que quieran hacernos renunciar a la verdad. Dejar que los idiotas nos cuenten su historia, quizá sí... Pero ¿a qué precio? Esta es una observación de filósofo. Porque, de nuevo, esta objeción interpreta la verdad en términos proposicionales (por ejemplo: «Sylvaine es una pedorra» o «Sócrates no es un idiota») y tú supones que estas proposiciones tienen que ser o verdaderas o falsas. Aquí hay un concepto de la verdad basado en el tercero excluido, un principio demasiado rígido para ser empleado en el terreno moral (por no mencionar que la lógica contemporánea lo ha superado hace tiempo). Para abreviar, te diré lo siguiente: no necesitamos estar totalmente de acuerdo para lograr juntos la verdad, porque la verdad de una situación moral resulta del cruce de las posiciones. Para acercarse a ella, es indispensable incorporar la opinión del gilipollas más absoluto o más deshonesto de todos, y determinar con él desde qué punto de vista su opinión tiene algo que se pueda compartir y pueda por lo tanto ser compatible con los demás. Ese trabajo de incorporación, que también se llama diplomacia, es uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo (tal vez de todos los tiempos, pero yo no estaba).

Ahora bien, esa incorporación también es el meollo de nuestra relación con las emociones. Pues cabe afirmar que una emoción cualquiera al contarla se alivia, mientras que se agudiza en cuanto pretende convertirse en teoría. Así, el trabajo de la escucha y el abrirse a la narración nos permiten responder al desafío que constituyen las emociones, las nuestras y las de los idiotas. Por eso, no dudes en contarte tú también. Purga tu corazón de emociones. Pero no exijas de los idiotas que reconozcan la verdad de tu sufrimiento: busca este apoyo en otra parte, en personas ilustradas y de buena voluntad. Porque a los idiotas, y tú lo sabes, la verdad les importa un bledo. ¡No desean la verdad! Y tú seguirás pareciéndote a ellos mientras quieras imponérsela de una forma teórica. ¿Es necesario recordártelo? El gran desafío moral no consiste en hacer que la idiotez sea más sabia, sino, más

modestamente, en impedir que los idiotas nos hagan daño en la práctica.

Esa huida de la teoría tiene sin embargo una excepción, a la que llamamos «filosofía». Al igual que la narración (como acabo de demostrar) no es solo una actividad de escritor, sino una función indispensable para las interacciones entre seres humanos. La filosofía no es solo una disciplina universitaria. En la medida en que se basa en la conceptualización, designa un proceso que funciona cada vez que en ti una emoción cualquiera, adoptando la forma del deseo de comprender, atraviesa el techo de las palabras y se pone, como aquí, a articular esas palabras en conceptos abstractos, menos ligados con la experiencia inmediata, de suerte que su manipulación constituye otro tipo de experiencia en sí y una verdadera exploración de estados de conciencia de tercer grado (ni al nivel de los acontecimientos ni al nivel de las emociones). En este sentido, el Cielo de las Ideas en el que nos movemos es simplemente el espejo de nuestras tripas, que se expanden más y más entre gentes civilizadas —de una forma más alambicada y más sutil que el mejor whisky— hasta agotar la sed.

7

Comparte tus relatos,
fomenta sus narraciones.

Por qué el Estado nos toma el pelo

En todo lo que ellos llaman «la política» o «la religión», los idiotas están tan convencidos que se les nota tensos. A cualquier persona la convicción le aporta fuerza, calma y estabilidad. A ellos los hace extremadamente frágiles. Un matiz o una diferencia mínima los hacen chillar como si les arrancasen las uñas.

En estos casos, un método sencillo consiste en cortar el sonido. De hecho, la política y la religión tienen en común que su concepto es exclusivamente práctico: cada uno muestra, por sus obras, qué tipo de ciudadano es y, también por sus obras, qué tipo de feligrés. Una vez que te instalas en el silencio de los actos, las idioteces inverosímiles que los humanos son capaces de decir sobre Dios (sin ni siquiera preguntarse de qué hablan) o sobre el poder (lo mismo) se vuelven tan ligeras como la evolución de unos cúmulos inocentes en un hermoso cielo azul, bajo los cuales eres libre de ir adonde quieras.

Donde una reflexión sobre el derecho enseña dos maneras distintas de luchar contra la idiotez de las instituciones.

Los capítulos anteriores han presentado varias ideas ligeramente a contrapelo, según las cuales la llamada al deber en la vida cotidiana consiste principalmente en una queja; es el lamento por la pérdida de una confianza, y la escucha cruzada de las narraciones es el mejor (si no el único) medio de superar esa pérdida.

Según mi experiencia con los estudiantes de filosofía, este tipo de proposiciones divide en general al público en dos bandos: una parte sale satisfecha manejando la idea nueva en todos los sentidos; la otra parte —por lo general, mis alumnos preferidos— la encuentra del todo arbitraria e incluso insuficiente. Así es como progresa la clase, a la vez gracias al apoyo más o menos justificado de los que asimilan (sin el cual enseñar sería insoportable) y a las exigencias más o menos justificadas de los que se resisten.

En mi estudio de la postura moralizadora, donde he reducido el sermón a una demanda de reconocimiento, he evitado cuidadosamente el debate sobre la responsabilidad de los idiotas en su propia idiotez (es decir, en sus actos) y no me he preguntado quién podía apelar más razón que los demás a la autoridad del derecho moral. Al contrario, me he limitado a un estudio relativista, pues quería demostrar que la situación permitía aislar ciertos problemas en cuanto al uso de la palabra, y por tanto saber exactamente cómo escuchar los discursos moralizadores, y por qué son muchísimo menos eficaces que los relatos.

Ahora quiero ser justo con aquellos y aquellas a los que ese enfoque no ha convencido, porque de entrada pensaban en

situaciones en las que uno tiene razón. No me duelen prendas al admitir que, frente al sádico que humilla a sus subordinados o a la tipa infantil que no asume sus responsabilidades, es normal que pienses —yo también lo hago— que tu indignación es legítima, porque defiendes algo por lo que merece la pena luchar. Ya no se trata esta vez de trabajar para que mejore la humanidad en general, sino simplemente de hacer respetar un derecho del cual tienes una idea clarísima. No obstante, aunque la palabra *derecho* se emplee a la ligera, se trata de un concepto con mucha carga o, para ser más exacto, de un campo en el que las evidencias son raras.

Te aviso de que vamos a lanzarnos al asalto de una fortaleza bastante consistente. Pero si has resistido de forma tan valerosa hasta ahora, habrás visto que estas consideraciones, aunque abstractas, o precisamente por ser abstractas, permiten orientar nuestras sensibilidades hacia una mayor agudeza y nuestros comportamientos hacia lo mejor.

Tomemos pues a uno de los tarados que son objeto de nuestro estudio, un palurdo, un plasta frente al cual consideras que estás en tu derecho. Estar en tu derecho, por cierto, no es un estado factual, sino una reivindicación. Si estimas que estás en tu derecho en una cola con la misma evidencia con la que cualquiera reconocerá que eres un bípedo, debes admitir que la vida cotidiana de los humanos se desarrolla generalmente así y que están en su derecho en casi todo lo que hacen (respirar, toser, ser un idiota, etcétera). Por consiguiente, admitirás que toda la vida humana, sin que nos demos cuenta, se desarrolla, por así decirlo, bajo el cielo del derecho, y reconocerás conmigo que los únicos casos interesantes son aquellos en los que esa adecuación entre el hecho y el derecho plantea algún problema. Así pues, admitirás que estar en mi derecho no designa mi situación cuando cocino; es el estado que reivindico cuando le pido a mi coinquilino (¡pobre de mí!) que limpie la cocina tras una fiesta. Una petición que él equipara al regreso de los fascismos.

Ahora bien, esa reivindicación puede aparecer en tres casos, en los que el hecho de estimar que uno está en su derecho suscita

problemas muy distintos unos de otros.

Caso 1. Se reclama la promulgación de una legislación inexistente, más acorde con los hechos. Se trata entonces de conquistar derechos nuevos creando nuevas leyes (u otras normas jurídicas).

Caso 2. Se le recuerda a alguien la existencia de una legislación clara cuando la infringe. En este caso, la reivindicación constituye, en cierto modo, un recordatorio del derecho positivo.

Caso 3. Se reclama el reconocimiento de un deber moral que ninguna norma jurídica explícita expresará jamás.

Los idiotas, como sabes, tienen un don inimitable para explorar todos los casos posibles con la minuciosidad de los gases perfectos. No todos son forajidos; algunos, mostrándose apegados a las normas o por oportunismo, saben colocarse del lado de la ley y son tan hábiles en explotar el funcionamiento del sistema como sus fallos y sus ángulos muertos. Más tarde volveré sobre los idiotas en cierto modo hiperadaptados; por ahora, exploremos los tres casos en los que tú consideras que están fuera del derecho mientras que tú estás dentro. Como veremos, no hay ni un milímetro de espacio social que no pisoteen, a veces incluso sin comprender por qué y cómo, pero sin querer tampoco dejar de hacer lo que hacen. Me imagino que te gustará que, con el debido respeto, empiece por los funcionarios.

¿Por qué los funcionarios? Porque son los miembros y órganos del Estado, y el Estado designa todas las instituciones que derivan del derecho positivo. En otras palabras, el Estado designa una forma de organización que se basa en leyes escritas, las cuales, en teoría, encuadran las maneras de vivir mediante un sistema de normas y atribución de recursos. Sin entrar aún en el terreno jurídico, quiero señalarte sin más demora lo siguiente: puesto que las formas de vivir evolucionan, es estructuralmente indispensable reformar el Estado de manera permanente, de modo que todas las instituciones públicas, en apariencia fijas, constituyen también una realidad evolutiva, aunque siempre con retraso respecto a las costumbres, las ideas, las artes, etcétera.

Este breve recordatorio basta por sí solo para explicar un gran

número de idioteces. Amigo mío, por definición, las instituciones funcionan mal, ya que se trata de formas teóricamente fijas destinadas a estructurar una realidad móvil, que definen unas normas unívocas destinadas a encuadrar realidades múltiples, lo que hace necesario corregir, reformar y modificar sin cesar las instituciones y las leyes que las definen para que se adapten mejor a la vida real de los humanos y a sus relaciones con los no humanos (animales, bosques, máquinas y hasta espíritus, operaciones matemáticas, etcétera). Como el Estado y las instituciones internacionales son máquinas todavía y eternamente en construcción, y como la historia siempre va por delante de ellas, la administración sigue siendo tan idiota hoy como lo era en Babilonia en tiempos de Hammurabi. Pese a los ajustes que deseas ardientemente y que quizá se introduzcan (o no), lo seguirá siendo dentro de diez mil años bajo el reinado de los Targaryen. Eso no consolará a nadie, pero, al fin y al cabo, si pensamos a escala de unos veinte mil años, siempre nos ayudará a tomarnos la cola ante la ventanilla con paciencia.

He aquí por qué no son los funcionarios sino las instituciones mismas las que son estructuralmente débiles, por su falta de adaptación a lo concreto de las situaciones. Y la burocracia no ha hecho más que agravar el fenómeno. Al imponer a los empleados del Estado unas tareas cada vez más ingratas y al socavar las condiciones que les permitirían implicarse en su trabajo y obtener de él una gratificación justa, les impone unas formas de vida que acaban por minar su salud y añaden una capa de incuria a sus disfuncionalidades constitutivas. Conviene recordar aquí que nuestras disposiciones y nuestras operaciones mentales, como no me canso de repetir, no se desarrollan en la intimidad de nuestra mente, sino que expresan y modifican situaciones y relaciones que pueden estudiarse a diferentes escalas. Son los sociólogos los que deben descubrir las condiciones sociales de fabricación de los idiotas. A mí me toca la tarea de formular operaciones conceptuales que cualquiera pueda apropiarse para las situaciones en que él o ella tengan el privilegio de toparse con un espécimen.

Por consiguiente, puedes quejarte de la idiotez de la

administración y decir que el Estado nos toma el pelo, porque es del todo cierto. Aunque se adapten constantemente, las instituciones están irremediablemente inadaptadas y, frente a ellas, los ciudadanos deben luchar sin tregua para hacer valer su derecho, es decir, para que se reconozca la legitimidad de la sociedad a la hora de reclamar un marco adaptado a sus componentes, incluso y sobre todo en el caso de aquellas y aquellos que se hallan fuera del derecho. Al mismo tiempo y por la misma razón, los funcionarios deben luchar constantemente para que el Estado no los arrastre en su perpetua delicuescencia (cuando no es demasiado tarde para ellos, como en el caso de una directora de instituto que conozco... pero dejemos eso ahora).

Estas observaciones permiten distinguir entre dos reacciones de los ciudadanos igualmente legítimas pero muy diferentes cuando se trata de la idiotez de las instituciones públicas. En efecto, por un lado, rebelarse contra su idiotez estructural es una postura indispensable para la democracia: sin la implicación de todos y cada uno en los problemas colectivos, caeríamos *de facto* en un régimen tiránico. Honradamente debo confesar que, a causa de una indiferencia creciente y de un repliegue trágico de los individuos en sí mismos, en parte ya hemos caído en él. Es indispensable, por lo tanto, que tu esfuerzo contra la idiotez de las instituciones se perpetúe, y que no renuncies nunca a indignarte.

Por otro lado, la rebelión política, para ser legisladora, no puede conformarse con ser la voz de una emoción. Solo se convierte en reivindicación si prevé articularse con la institución. En otras palabras, aquellas y aquellos que la formulan deben ser capaces y estar dispuestos a trabajar con espíritu constructivo al lado de verdaderos idiotas, de imbéciles reales, de individuos que son precisamente los más activos en política y en todas las administraciones, públicas o privadas (por qué mandan los idiotas es algo que analizaré más tarde). Y, como el juego político consiste en lograr convergencias de distintas fuerzas sin caer en la idiotez, se deduce que está condenado a caer periódicamente en ella, puesto que por supuesto es contradictorio resolver todas las veces todos los conflictos en beneficio de todos (en particular, pero eso

no es más que una parte del problema, cuando se trabaja en beneficio de unos pocos).

Estos comentarios contribuirán, espero, a hacerte a la vez más determinado y más paciente al interactuar con esos tinglados mal concebidos que son las instituciones, que ya exasperaban a la gente de la antigüedad, y contra los cuales, yo te lo confirmo, estás en tu derecho. En cuanto a definir unas formas de compromiso político eficaces y pertinentes para reivindicarlo, la cuestión topa con una dificultad. En efecto, el esfuerzo de integración al derecho tiene tantas ventajas que parece difícil renunciar a él. Estas ventajas consisten en hacer entrar en la lógica del derecho y bajo la protección del Estado a unos seres y unas situaciones que hasta entonces no gozaban de esa protección, lo cual daba lugar a situaciones, en el mejor de los casos, absurdas y, en el peor, inhumanas. Por desgracia, la extensión del campo del derecho también presenta un gravísimo inconveniente, pero como es el mismo que en el caso número 2 (aquel en que existen leyes, decretos y jurisprudencias), te propongo reservar este tema para el capítulo siguiente. Por ahora, si has sobrevivido hasta aquí, recuerda este precepto:

8

Valora a tus adversarios,
tu lucha se convertirá en política.

Por qué la amenaza es una forma de sumisión

En el seno de las organizaciones piramidales, una de las formas más extendidas de idiotez consiste en exigir el máximo celo de los demás y/o de uno mismo, en ausencia de toda noción del objetivo que merecería ese máximo celo, y de todo beneficio que lo haría gratificante.

Es así como el celo, que es una forma de idiotez histerizante, contribuye a vaciar de sentido el trabajo y a alimentar su reverso: la larga idiotez blanda de los que realmente no tienen nada que pelar ahí.

Donde se descubre que la referencia al derecho puede ser una forma de amenazar a los demás; y que esa amenaza expresa en el fondo un deseo de sumisión.

Para enfrentarnos a los idiotas con nuestras mejores armas, debemos pasar obligatoriamente por unas nociones rudimentarias de filosofía del derecho, cuya finalidad última es ilustrarnos sobre el concepto de autoridad, no para que lo comprendan los idiotas (esos zoquetes no comprenden nada porque no quieren comprender nada), sino para que tu propia legitimidad, una vez la concibas mejor, te permita triunfar sobre ellos.

En el primero de los tres casos en los que he considerado que uno dice estar en su derecho se ha visto que como ciudadano o ciudadana puedes legítimamente hacer que una situación de hecho se integre en el derecho, a pesar de las resistencias constitutivas de los órganos del Estado (gobierno, administraciones, profesores, etcétera). Ciertamente, tu pertenencia al cuerpo social funda tu legitimidad frente a las instituciones, y por tanto actúas no en nombre de todos, sino como miembro del todo, pues la sociedad se enfrenta todo el tiempo a la idiotez de las estructuras que no cesa de construir y destruir, y que a su vez la moldean. También puedes no hacer nada de nada, pero es racionalmente indefendible, ya que las instituciones son disfuncionales por definición y, como consecuencia, en cierto modo te reclaman y te desafían.

Ahora quiero estudiar el caso número 2, aquel en que los idiotas pisotean unas leyes con la misma sangre fría con la que sus felpudos vivientes se cagan en las aceras. En apariencia, el caso es sencillo, ya que si hay una ley que prohíbe un comportamiento, ello significa que ese comportamiento puede ser sancionado. El

hecho de pensar o decir «Estoy en mi derecho» frente a la arpía del caniche, al motorista del tirón o al estafador que te ha vaciado la cuenta significa que detrás de ti hay una norma de comportamiento que tiene fuerza de ley, pues la diferencia entre una norma cualquiera y una ley es justamente que la ley se apoya en la fuerza.

La fuerza del Estado, al menos en teoría, no es ninguna broma: te mete la mano en la cartera (la multa), pasa por la coerción de los cuerpos (la cárcel) y, aunque eso aparezca como un efecto colateral, hace públicos a la vez el delito y su condena, lo cual permite reconocer el sufrimiento de las víctimas (es una de las funciones fundamentales de la justicia) y ayudar al culpable a reconocer su acto por lo que es (este es el único fundamento del castigo, que no es una venganza). Sin embargo, la extensión del terreno jurídico comporta un grave riesgo: al multiplicar las leyes, abre una tras otra las puertas de tu vida a la intervención del Estado, lo cual no es una buena noticia, pues el Estado debería intervenir solo en caso de extrema necesidad. Además, tiende a acostumbrarte a recurrir a la justicia —a la gran-máquina-más-fuerte-que-tú-gilipollas— en vez de privilegiar otras formas de resolver los conflictos, lo cual es un inconveniente, paradójicamente, más grave aún que el primero.

En efecto, las leyes evolucionan adaptándose a la sociedad, mientras que la sociedad evoluciona en función de un número infinito de factores (la tecnología, el entorno, los intercambios, las ideas, las artes... y las leyes). Toda relación de poder se inscribe pues en un juego de acciones y reacciones extremadamente complejo. Ello significa, en particular, que los intermediarios de la autoridad del Estado no son tanto los policías y otros funcionarios como los ciudadanos mismos, cuando adquieren el hábito, sin medir sus ventajas y sus inconvenientes, de situar sus relaciones de poder entre ellos bajo una amenaza que viene «de arriba». Por desgracia, los que tienen la gran suerte de vivir en un Estado de derecho desarrollan naturalmente una tendencia a desear una ley para todo. Esa tendencia favorece la penetración del Estado en todos los ámbitos, y un Estado omnipresente es la definición del

totalitarismo.

He aquí cómo, para defendernos de los idiotas, nos transformamos en esclavos, porque nos volvemos incapaces de prescindir de instituciones normativas. Cuando el Estado no está, los mercados, las redes y, en su conjunto, todas las estructuras que enmarcan los intercambios entre los humanos también sirven como instituciones que emiten normas de discurso y de comportamiento. Ahora bien, cuando la representación del Poder Normativo esté presente en todas nuestras interacciones, habremos logrado crear un sistema totalitario sin necesidad de dictador.

¿Cabe deducir de ello que más vale evitar que el dominio del derecho se extienda? No, puesto que esa extensión define una mejora de las instituciones públicas y por lo tanto de nuestras condiciones de vida. Pero, para evitar el totalitarismo, cada extensión del derecho requiere —como compensación, por así decirlo, y paralelamente— que cada ciudadano aumente su autonomía, es decir, que adquiera la capacidad de saber resolver los problemas sin recurrir a las leyes, o, mejor dicho, antes de verse forzado a recurrir a la fuerza pública. Al fin y al cabo, el motor del totalitarismo no es la extensión del derecho en sí, sino la manera como manifestamos nuestra adhesión a las normas y tratamos al mismo tiempo de imponérselas a los demás.

Ahora, reflexionemos juntos. Aunque a los adoradores del orden público no les guste reconocerlo, hay que admitir que en general el Estado no regula nuestros conflictos y, si lo hace, siempre es con un coste muy alto. Teóricamente, la fuerza de la ley es muy eficaz y vinculante (puede implicar a gente armada y entrenada, lo cual a veces es necesario para contener a los idiotas e impedirles actuar cuando se muestran criminales). Pero, en la práctica, la implementación de esa fuerza no es en absoluto sencilla ni automática. Por otra parte, la mayoría de los cabrones lo saben y se aprovechan. El canalla que te agrede sexualmente es por supuesto culpable de un delito, pero, para que hagas valer tu derecho en los términos de la ley, tendrás que iniciar todo un procedimiento que te exigirá enormes esfuerzos, con una temporalidad absolutamente inhumana, ya que el Estado es una

grandísima máquina-más-fuerte-que-tú-gilipollas. Es indispensable que este procedimiento exista, pero en ningún caso es deseable tener que utilizarlo.

Incluso y sobre todo si hay una diferencia fundamental entre una falta de civismo y un delito, y hasta si no hay relación alguna entre el hecho de colarse en una fila y el de meterle mano a una subalterna, la situación de la persona que está en su derecho es por desgracia comparable: un gran momento de soledad (es decir, de impotencia y abandono), una angustia que revela ante todo un fracaso colectivo, y que vale más saber prevenir activamente y, si es posible, reconocer y «castigar» (o, lo que es lo mismo, «crear conciencia» de ello) a una microescala. Así, debajo de las instituciones, es indispensable fomentar y mantener una forma de conciencia social, encarnada en cada individuo, capaz de interactuar con los cabrones digamos que infralegalmente o informalmente. Las leyes, los jueces y la policía pueden y deben seguir existiendo como salvaguarda frente a los criminales, pero es indispensable que además de legislar seamos capaces de resolver en la medida de lo posible nuestros conflictos sin el Estado.

Inversamente, y aunque a los anarquistas más primarios no les guste, las relaciones de poder se sitúan primero en las representaciones y las prácticas de cada uno, de modo que uno de los papeles de las instituciones (y no digo que lo desempeñen bien) consiste de forma paradójica en proteger a los ciudadanos de su manía de derivar constantemente sus conflictos a una autoridad, lo cual no es nada más que una tendencia profunda a la sumisión. Sí, la sumisión es un síntoma político grave, pero es una tendencia natural del ser humano (y no solo de él). ¿De dónde procede? No es nada misterioso.

En efecto, no sin razón tenemos un deseo en teoría perverso de sumisión. La sumisión se impone a nosotros como un recurso para sacarnos de la impotencia o, más precisamente, para que cese nuestra angustia (o nuestra vergüenza, cada uno tiene su forma de reaccionar) frente a la sensación de impotencia, a la que en adelante denominaré nuestra «insuficiencia». Pues todo naufragio interaccional nos deja varados en los límites de nuestras pequeñas

personas. Cuando nos sentimos rechazados, abandonados a nosotros mismos, parecidos a una isla desierta sin agua ni cocoteros, descubrimos que nuestro poder es desesperadamente limitado. Y cuanto más abandonado e impotente te sientes, más quisieras que alguien o algo viniese en tu ayuda. Cuando esa fuerza tan deseada se identifica con la imagen de una cosa externa, sientes un único deseo: ofrecerle la sumisión de lo poco que queda de ti, precisamente para aliviarte de la sensación de que te has quedado sin fuerzas. Y, como todo el mundo sabe, ese alivio es tan intenso que la sumisión va acompañada por una dosis enorme de placer.

Volvamos ahora a los cabrones que pisotean las leyes ante tus narices y que te colocan ante la duda de cómo reaccionar. ¿Qué haces al adoptar la postura del que está en su derecho? Está muy claro: los amenazas (y tienes razón, no te lo discuto) con la fuerza de la ley; o sea, con la intervención del Estado, destinada a tomar el relevo de tu propia palabra. Aquí hay un punto que me parece importante: al decir que estás en tu derecho lo que haces es formular una amenaza, la de que el Estado intervenga por la fuerza. Esta amenaza tiene una ventaja: desplaza la relación de fuerzas entre tú y el idiota que tienes delante hacia un conflicto entre él y la gran-máquina-más-fuerte-que-tú-gilipollas, lo cual te coloca, al menos teóricamente, bajo la protección del Estado. Pero, por desgracia, esta amenaza también tiene un grave inconveniente: desplaza la relación en sí, o sea que te hace renunciar a poner en marcha tú mismo todas las interacciones sociales que hubieran sido una posible palanca de acción y te coloca concretamente en una postura de sumisión a la ley (que no digo que no esté justificada). Una vez más, es una postura que no deberías emplear sino en casos de extrema urgencia, igual que no subirías a bordo de un barco de Costa Cruceros a no ser que fuera para evitar la muerte.

Resumo el movimiento: cuando los cabrones pisotean leyes existentes, el hecho de ser su víctima te sume en tal grado de angustia que los amenazas con la fuerza del Estado, lo cual tiene como efecto que dicha sumisión te hace a ti más frágil como actor social, de modo que en definitiva la posibilidad de ser víctima de

los cabrones... aumenta. Así, el círculo de la sumisión se cierra sobre ti. Los cabrones, las arpías y sus perros de todos los tamaños pueden bailar sobre tu barriga una bacanal del diablo mientras tú lloras llamando al Estado, que quizá acabe viniendo en tu ayuda, o no.

¿Hay que deducir de todo ello que, para no caer en la esclavitud, deberías mantener tu fuerza propia? Antes de que yo conteste más extensamente a esta pregunta, recuerda al menos lo siguiente:

9

Bajo las leyes, si es necesario.
Al aire libre, siempre.

De cómo la moral mata la interacción

Desembarcan cuando hace buen tiempo con alaridos y en oleadas sin interrupción, infiltrándose hasta el lugar donde menos los esperabas. El primero en llegar hasta la barandilla en la que te apoyabas es el padre. Te aparta de un codazo sin mirarte siquiera y ajusta un teleobjetivo gigantesco para tomar lo que él considera la foto del siglo. Entretanto, sus crías empiezan a corretear por el pavimento con los cucuruchos de helado en la mano. Un planeta con sabor a fresa se emancipa enseguida de su trayectoria, explota —plaf— en el suelo y se repanchiga lentamente entre sus satélites. De inmediato los chillidos de la madre cubren los alaridos del mocoso, y sus dos bocas, la una frente a la otra, forman un embotellamiento en el que crees reconocer un camión de bomberos, Grand Theft Auto, soldados de infantería de la época napoleónica, Cristiano Ronaldo, varios furgones policiales, Rayo McQueen y un coche fúnebre. Unos adolescentes impertinentes te sacan de tu estupefacción: rozándote con sus brazos blandos, se tiran un pedo sonoro y satisfecho, se tronchan de la risa y corren a descojonarse un poco más allá.

Esta escena, la misma, podemos observarla en todo el planeta, tanto en palacios antiguos como delante de templos, en parques, escalinatas de iglesias, jardines, entrada de mezquitas, a veces en los museos, hasta el momento en que tú, con sus chicles pegados a las suelas de tus zapatos, corres a refugiarte en un libro, a cualquier lugar fuera de ese mundo.

Donde se descubre lo que es la autoridad moral y por qué tienes mucho que perder al utilizarla frente a los idiotas.

En el capítulo anterior hemos visto que, al hablar con los idiotas, la referencia a las leyes comporta una forma de amenaza más o menos velada, puesto que se refiere a un tipo de fuerza más o menos palpable. En este sentido, la forma en que podemos amenazar a quienes nos amargan la vida con la autoridad al menos teórica del Estado permite a la vez limitar los daños perpetrados por ellos (concretamente, prevenir y castigar los delitos y los crímenes), pero también tranquilizarnos, pues esa autoridad apacigua nuestra insuficiencia frente a unos seres tan polimorfos y escurridizos como son esos malditos cabrones. Por desgracia, el Estado de derecho tiene un coste: lo que tendemos a ganar en protección (porque el Estado no siempre funciona) también tendemos a perderlo en autonomía. Cuanto más nos protegen, más perdemos el reflejo de defendernos nosotros mismos. El efecto se parecería a la infantilización si ese *nosotros* fuera solo individual. Pero lo que de verdad hay que proteger no es solo tu pequeña persona: son también tus interacciones. Si, por ejemplo, optases por armarte, tal vez protegerías tu integridad física (¡y a saber!), pero destruirías de forma inmediata aquello por lo que vale la pena proteger a tu pequeña persona, que es, como he dicho, la calidad de tus interacciones.

El tercer caso en que se dice que estás en tu derecho muestra justamente cómo la persona que tú eres puede contribuir a arruinar de forma activa tus interacciones en el momento mismo en que intentas salvarlas. Consideremos el caso en que formulas un juicio moral acerca de una acción que ninguna ley escrita prohíbe, por

ejemplo: ser un idiota. Pon debajo lo que te parezca: el hecho de mentir, de no cumplir las promesas, de sembrar la discordia, etcétera. En este caso, no tienes de tu parte ni los hechos (caso 1), ni las leyes (caso 2); por lo demás, tú no reivindicas la prohibición oficial de todos los idiotas (caso 1), ni la aplicación de una ley existente que prohíba los idiotas (caso 2). Pues entonces, ¿de qué derecho estamos hablando? ¿De dónde sale la moral que prohíbe ser un idiota?

Tal vez tengas la convicción de que en alguna parte existe un principio intangible, lo que se llama una ley moral, que en este contexto solo significa una ley no escrita. Pues bien, aunque yo sienta como tú ciertos principios visceralmente inscritos en mi carne, empecemos por convenir que la moral, en la medida en que prescribe y prohíbe, tiene la misma forma que el derecho, salvo lo que confiere a este último su realidad positiva: la letra (de las leyes) y la fuerza (de las instituciones). Así, la moral es exactamente la continuación del derecho más allá de sus marcos: sin leyes escritas y sin atribución de recompensas y castigos. Podríamos considerar, pues, la autoridad moral como una pura y simple extrapolación de lo jurídico, ligada a la costumbre adquirida de la sumisión; por otra parte, las sociedades estatizadas son aquellas en que los discursos moralizadores están más desarrollados. Pero vayamos por partes.

Esta primera observación explica por qué, en la vida cotidiana, al decir y pensar que estás moralmente en tu derecho, lo que haces es amenazar a los cabrones con una fuerza que no tienes, y entras en una relación de fuerzas sin tener los medios para ello. No cabe duda de que se trata de una idiotez: actúas exactamente como si te sometieras al Estado allí donde el Estado no existe.

Pero recuerda cómo funciona la sumisión. Cuanto más insuficiente se siente un náufrago interaccional (un concepto que me parece más claro que el de individuo), más desea que algo venga en su ayuda. Cuando el Estado no puede responder a su llamada (y ningún Estado prohibirá jamás los idiotas, porque son los que mandan), el náufrago ofrece su sumisión en el vacío, es decir, a una autoridad moral, lo cual esta vez significa a una

autoridad ausente. Gracias a esta imagen de una fuerza en ausencia, su propia insuficiencia para hacer valer sus posiciones se proyecta en forma de reivindicación. Lo que quiere y no obtiene se lo representa él como un derecho moral que sería el suyo, esto es, como algo que le pertenece, aunque no lo tiene. Y lo que espera de los demás, sin podérselo imponer, se lo representa como un deber moral que a estos corresponde, que están obligados a cumplir, aunque no lo hacen. Como ves, se trata de una especie de delirio imaginativo en el cual la realidad se proyecta en representaciones invertidas, como les ocurre normalmente a los náufragos sin agua ni cocoteros (sueñan con riachuelos y sombra), de forma que el término *moral* adquiere entonces un tercer sentido: designa lo que solo tiene lugar en una configuración ideal teórica, la cual no tiene más fundamento que el deseo insuficiente del náufrago, que naufraga en su insuficiencia una y otra vez, dando vueltas y más vueltas alrededor de su fuerza perdida. Tú, por ejemplo, sostienes que los seres humanos tienen el deber de no ser unos idiotas. Y, además, tienes el atrevimiento de pensar que no debes odiar a tus semejantes, aunque sean unos idiotas. Pues bien, esos deberes no le hacen honor a tu sentido de la realidad, ni poco ni mucho.

Sin embargo, y a pesar de todo, te honran. Y te diré por qué.

Por un lado, podríamos afirmar que la autoridad moral que invocas expresa un diferencial entre tu deseo y la realidad. Por consiguiente, esa autoridad no emana de un absoluto positivo que formula sus decretos con una voz poderosa, sino que expresa un auténtico absoluto, la Gran Llamada del náufrago, el Gran Desafío que te lanza el propio náufrago. Es la voz de tu insuficiencia, es tu exigencia íntima de que se colme la carencia entre lo que deseas y los acontecimientos que se están produciendo. A este nivel de análisis, es posible que la forma de expresión más adecuada a la situación de náufragos en la que nos coloca la idiotez —la fuente viva de toda moral en este mundo— sea un puro y simple grito de angustia, o una danza de exorcismo, o cualquier otra cosa, a condición de que permita superar lo que yo he llamado antes «el duelo de la confianza», o sea, las emociones terroríficas que provoca el naufragio interaccional. ¡Claro que sí! Porque, como ya

hemos visto, ese naufragio pone en crisis todas las reglas humanas, de modo que cuando te sientes en esa situación de angustia o de insuficiencia eres totalmente libre de expresarla de cualquier manera, entregado a ti mismo frente al problema poético fundamental: apurar la emoción.

Y aquí es donde el sistema moral se salva del absurdo. Porque, en definitiva, la división entre el Bien y el Mal tiene como principal función justificar tus quejas y autorizar tus gemidos, así como robustecer tus esfuerzos cuando desesperas. ¡Sí! Cuando tu bienamada te traiciona, te miente, te manipula y te arrastra a las ciénagas más pringosas de la cobardía, o cuando tu compañero te maltrata o te pega, el momento en el que dices «Eso está mal, no lo toleraré nunca más» suena como una liberación. El gran mérito de la moral, su papel positivo, es ayudarte a romper, a actuar, a aferrarte a una imagen de ti mismo ideal teórica. Lo cual no es poco, ya que esa ruptura da alas a tus emociones, te libera de unas sumisiones inoportunas, formando normalmente una inmensa nube emocional en la que se mezclan, entre otras cosas, una gran sensación de alivio y un enorme sufrimiento. Tus quejas, tus juicios, tus sentencias, en suma, los múltiples procesos imaginarios al final de los cuales inventas atroces suplicios para aquellas y aquellos a los que juzgas, tienen la ventaja de hacer que la nube lance precipitaciones unas veces en forma de cenizas ardientes y otras de una lluvia lastimera y desolada. En este sentido, la moral es un dispositivo del todo emocional cuyas fórmulas contundentes y perentorias resultan capaces de recibir, absorber y expresar lo que sentimos.

Con todo, el derecho moral también tiene una función destructiva que cumple perfectamente, yo diría que incluso demasiado perfectamente. La moral destruye las interacciones, lo cual es muy útil en el caso de las interacciones nocivas, como acabo de mostrar. Pero su inconveniente es que destruye todas las interacciones, cosa que cualquiera puede experimentar debatiendo, incluso entre amigos, de cuestiones que impliquen una respuesta moral. ¿Qué pensar de tu ex? ¿De veras te ha engañado? ¿A partir de qué fecha, de qué acto, debe ser tratada como una arpía? ¿Y por

quién? En cuanto entran en juego estas preguntas, el tono sube, la discusión se vuelve más tensa e incluso —en un momento bastante previsible si uno se fija— la conversación se rompe. ¿Por qué? Porque el derecho moral es una forma de hablar y de pensar que va adosada a la insuficiencia individual. Por eso, entre paréntesis, nos fascinan los cotilleos: nos hacen ver como un espectáculo la insuficiencia de los demás, lo cual es tranquilizador, ya que demuestra que ninguno de nosotros es el único náufrago. Pero lo más importante es que el derecho moral encuentra en ello su fundamento. Su autoridad viene de tu propia situación de náufrago, y te autoriza justamente a formular un absoluto (sobrevivir). Pero ya comprenderás que este absoluto solo es válido para ti, porque tú eres el Único de tu propio naufragio. Por eso, cuando se habla de moral, todo el mundo se agita alrededor de algo sobre lo cual deberíamos ponernos de acuerdo antes incluso de hablar, de modo que la discusión se convierte en una manera desordenada de reclamar por parte de todos una especie de acuerdo silencioso, una especie de asentimiento previo a la discusión, tal vez un grito de terror que nos una a todos como a una manada de lobos rodeados de bruma, aullando de angustia en la noche.

Así es como la insuficiencia y su demanda terminan por invertir el orden natural de las cosas. De hecho, podemos establecer juntos las condiciones de nuestras relaciones (de las normas morales) solo a partir de una negociación entre nosotros. Poner condiciones al diálogo es, pues, una contradicción en sus términos; el diálogo no tiene condiciones previas. Por eso es indispensable deponer las armas cuando se habla de estos temas: nuestras convicciones morales están íntimamente ligadas a nuestra insuficiencia. Acabamos destripándonos los unos a los otros porque cada uno trata, en su fuero interno, de acallar su emoción frente a su insuficiencia individual. Noble objetivo, pero pésimo método. Porque, por decirlo en términos filosóficos, la palabra es un incondicionado, ya que por naturaleza es condicionante.

En suma, más vale reconocer primero la insuficiencia general de los individuos, a fin de comenzar con buen pie, y admitir que es

justamente improvisando juntos con la palabra, mediante una forma de normatividad abierta, como superaremos a la vez la insuficiencia y la angustia. Y eso no puede basarse en la autoridad moral, ya que dicha autoridad solo puede fundarse en cada individuo, pues se apoya en la relación entre tu esfuerzo por sobrevivir y la conciencia de tu insuficiencia para lograrlo tú solo o sola. Cuando implica una interacción con otro individuo, un grupo o una institución, la angustia que inviertes victoriosamente en tu moral personal pervierte el intercambio en la medida en que contiene una amenaza larvada, por otra parte ilimitada y sin contenido, mediante la cual pretende poner condiciones. Se formula así: «Podemos hablar, ¡o si no...!».

Si no... ¿qué? Lo veremos dentro de un momento. Ahora quiero salir de esa zona de turbulencias conceptuales, que seguro que te ha dejado tan agotado como a mí, con la conclusión de que la moral quiere imponerse sin condiciones, lo cual significa por la fuerza, sabiendo que no tiene más fuerza que la de poner nervioso a todo el mundo, porque irrita y araña nuestras angustias. De ahí que recurrir a la moral sea una forma bastante segura de arruinar nuestras interacciones.

¿Acaso caigo en el inmoralismo al decir eso? No. Explicito un criterio que tú ya respetas al interactuar con la gente a la que quieres: evitas enfadarte inútilmente; y de esta forma respetas el privilegio de la interacción por encima de los contenidos del intercambio. En definitiva, no es necesario renunciar a tus principios morales, pues en mi opinión es natural que las normas sean normativas (incluidas y sobre todo las que se presentan como evidencias, por ejemplo, el amor, la sinceridad y la buena voluntad). En cambio, no intentes extender tu moral personal en unas condiciones contradictorias con ella. Al querer imponerla por la fuerza, justamente la traicionas. Piénsalo: imponer tus normas es el medio más seguro de estropear lo que puedan tener de compartible.

No impongas tus normas.
Negocia las de los demás.

Por qué los idiotas prefieren destruir

—¿Pueden ponerme patatas fritas de acompañamiento?

—No, señor, viene con ensalada y judías verdes.

—Pero si el otro plato viene con patatas, a lo mejor el acompañamiento se puede intercambiar.

—Pues no.

—¿Y por qué no? ¿Acaso... acaso es un problema?

—Sí. Porque este plato viene con judías.

—Pero... ¿usted cree que sería muy complicado para la cocina?

—No, no es por eso.

—Entonces... quizá puedo pagar un suplemento.

—No, no aquí no hay suplementos.

—Entonces, ¿por qué no se puede cambiar?

Donde se reflexiona sobre las relaciones de fuerzas y sobre la guerra, lo cual permite descubrir un método de supervivencia para las comidas en familia.

Al despertar esta mañana he pensado que la última frase del capítulo anterior podía provocar una objeción muy seria. He escrito: «imponer tus normas es el medio más seguro de estropear lo que puedan tener de compartible». Esta frase no era fruto de una inspiración momentánea. Me ha costado casi quince años de estudios, de enseñanza y de experiencias en varios lugares del mundo. Me dirás: ¡y todo para eso! Pero mientras pensaba en qué lugar del cuerpo me la podría tatuar, me entró la siguiente duda: ¿acaso aceptando la existencia de nuestras tendencias normativas (lo cual explica que pensemos, con razón, que los idiotas existen) y rechazando imponerlas por la fuerza (es decir, que no podemos destruir a los idiotas, ni siquiera en un ideal moral) no estaré convirtiéndome en apóstol de una manipulación suave? En otras palabras, ¿no estaré aconsejándote que no te enfrentes a los idiotas, sino que los manipules, aunque eso conlleve el peligro de que ellos te asfixien a su vez aunque sea suavemente?

Pues bien, he aquí mi respuesta. Cuando he dicho que tus normas eran compartibles he querido fomentar un trabajo de negociación que fuera el ejercicio de un poder común y recíproco, de modo que no veo razón para considerar esa ética interaccional como una forma enmascarada de dominación. Al final del diálogo, podría ser que las normas quedaran modificadas e incluso que pudieran sufrir variaciones, quizá hasta el infinito. Si me dices que entonces dejarían de ser normas es que lo has entendido: sin contrariar la convicción subjetivamente estructurante de que todo

el mundo debería compartir tu sistema de valores, puedes sin embargo neutralizar los efectos negativos de esa tendencia; en otras palabras, sin dejar de ser fiel a ti mismo, puedes renunciar a ser el idiota de los demás. Ya es un engorro que ellos sean idiotas para ti.

Además, considera la hipótesis inversa. El estudio primero del sermón, luego de los principios del derecho y finalmente de la autoridad moral nos lo ha hecho comprender: fuera de la negociación, solamente existen relaciones de fuerza, y esa fuerza no es ni una imagen ni una metáfora. Si quieres recordar que la violencia siempre está al alcance de la mano, podremos proponer un nuevo elemento de definición: por principio y por definición, los idiotas son partidarios de la guerra.

Claro que si dices «Yo soy partidario de la paz» tendrás a todos tus interlocutores, y sobre todo a los más idiotas, de tu parte. Pero la verdad es que muchas de nuestras posturas cotidianas están orientadas al conflicto y a la destrucción, aunque no nos demos cuenta. Realmente, siempre que ponemos condiciones previas al diálogo —unas condiciones que suponen que el otro no sea el otro — la idiotez se inmiscuye inconscientemente. La idea de que para que el otro tenga derecho a hablar primero hay que destruirlo es una postura estúpida, pero más frecuente de lo que creemos.

De forma excepcional, lo ilustraré con una frase de un gran hombre que, desde que emprendí la elaboración de este libro, no ha dejado de obsesionarme, precisamente porque ese hombre, llamado Catón el Viejo, estaba obsesionado a su vez por el pensamiento de sus enemigos. Tras la segunda guerra púnica entre Roma y Cartago, ese gran senador y héroe de la historia romana repetía sin cesar la misma frase al final de sus discursos. Cualquiera que fuese el tema del debate, Catón siempre terminaba diciendo, antes de sentarse: *Ceterum censeo Carthaginem esse delendam* («Y, además, creo que Cartago debe ser destruida»).

La obsesión que tenía Catón por la destrucción de su enemigo —y el hecho de que dos mil años más tarde aún nos acordemos de él y de su frase ciertamente monstruosa— recuerda que la lógica de la guerra sigue siendo un magma siempre incandescente,

siempre subyacente, bajo la costra de todos los debates. Por desgracia, al contrario que Catón, los idiotas no se dan cuenta de que no tenemos alternativa: o aceptamos acomodarnos los unos a los otros o sobrentendemos que al final valdría más que nos destruyéramos. Y, con una ingenuidad que siempre nos sorprende, los idiotas se inclinan casi siempre por la guerra. Olvidan que detrás de las palabras hay verdaderos conflictos y que en el año 146 a. J.C. Cartago fue efectivamente destruida, aunque para entonces Catón ya había muerto.

Entre la idiotez corriente de tu cuñada o del taxista, que sostienen no sé qué cosa sobre el islam o el judeocristianismo, sobre los progres, sobre los fachas o sobre los profes, y los bombardeos trágicos que se producen más o menos lejos de aquí, debemos aceptar al fin y al cabo una relación más o menos lejana y vaporosa, pero real. No se trata por supuesto de una relación de causa-efecto, y menos aún de una responsabilidad moral: se trata simplemente de una lógica de guerra. Los idiotas quieren la guerra sin tener ni idea de lo que es, incluso sin ningunas ganas de hacerla. Pero el principio de la guerra, que adopta la forma de dejar al otro fuera de toda palabra (y, en el fondo, de toda existencia), les proporciona lo que la postura del que está en su derecho expresaba veladamente: el placer —que en general no pasa de ser vago, tácito y simbólico— de ejercer un poder de destrucción.

He aquí por qué, de forma paradójica, los idiotas disfrutan prefiriendo la guerra. Disfrutan del placer de destruir, al menos mentalmente, y ese placer pone a todo el mundo en peligro, incluso en la práctica. Te preguntarás tal vez de dónde viene ese goce tan particular que experimentan destruyendo. Pues bien, para empezar, los idiotas no son más que gigantes tontos que se asombran de su propia fuerza y que la ejercen sin lograr salir de su incredulidad. Como si fueran lactantes, quieren poner a prueba el poder que tienen sobre cualquiera, cueste lo que cueste, sobre todo porque para ellos la fuerza sigue siendo problemática. Animados en sus dudas por otros idiotas que los dominan, dudan constantemente de sí mismos, de modo que unos se tranquilizan

sobre todo dominando y otros, sometiéndose. Sin embargo, durante un mismo día, su idiotez proteiforme oscila de una metamorfosis a la otra, entre dominación, sumisión y destrucción.

Pero hay mucho más. Porque cuando los idiotas se inclinan por la destrucción (y por ejemplo te amenazan), les tiene sin cuidado que esa fuerza sea la suya. A menudo no les importa siquiera que esa fuerza les proteja. ¿Qué es lo que les importa? De hecho, obedecen a ciegas a una lógica de economía que no les afecta directamente, sino que es una tendencia natural del universo. Como es más sencillo y fácil destruir que construir, agredir que apaciguar, arrasar que comprender, los idiotas se dejan dominar por una violencia que sobrepasa toda elaboración subjetiva, toda construcción social, toda concordia política, toda ecología. En otras palabras, respetan escrupulosamente una ley natural de aumento de la entropía, de regreso al desorden, de destrucción de las formas organizadas, no porque sean perezosos (aunque esa descripción no es inexacta), sino más profundamente porque la fuerza que los domina no logra organizarse en ellos, no logra realizarse como subjetividad, y por tanto se desparrama como una ola mortífera sobre la orilla de las relaciones.

La preferencia por la guerra que descubrimos en los idiotas no revela, pues, en ningún caso una misteriosa pulsión de muerte, ya que la violencia que invocan y encarnan no es solo una forma de poder que un sujeto ejerce sobre y contra alguna otra persona. La violencia de la idiotez es más cósmica. Significa que los humanos son los mediadores de una fuerza que puede unir y desunir, autoorganizarse y desarticularse, pulverizar a los humanos y al planeta Tierra en un abrir y cerrar de ojos. Lo que engendra la verdadera destrucción (la guerra, los muertos, los desastres ecológicos) es pues simplemente la fuerza sublime de la existencia, que unas veces se autoorganiza en combinaciones maravillosas de una energía —eres tú, es la vida, la alegría, es la eterna primavera del universo— y otras se desorganiza en espeluznantes fulgores que revelan la fragilidad de toda elaboración perspectiva. ¡Oh, lo sé! Te gustaría que los idiotas sufrieran únicamente llorando, que te tendieran la mano, que fueran sonrientes y pintorescos. Pues no. La

fuerza de la existencia los domina, destruyéndolos, y por esa razón sufren odiando. Y odian cualquier cosa y a cualquier persona porque la fuerza, a través de ellos, destruye.

La destrucción, más inmediata, más simple y menos costosa en medios inmediatos que el diálogo, es en definitiva consubstancial a la idiotez. En esta etapa, casi todo el estudio filosófico se ve por lo tanto obligado a invertirse. Pues, como comprenderás, no es posible que la idiotez se destruya, puesto que ella misma es el principio de toda destrucción. Por eso para los filósofos los idiotas más integrales son como vacas sagradas: saben que en ningún caso pueden lograr que los comprendan y por eso se privan religiosamente de intentarlo. ¿Acaso esta postura filosófica —demasiado a menudo confundida con un desdén aristocrático— es en definitiva pretenciosa y despectiva? Cuidado con esa objeción, pues la postura contraria al silencio de los filósofos frente a los idiotas activaría de inmediato la lógica de la guerra y, en contra de lo que dicen las apariencias, no despertaría respeto, sino intolerancia. Dejar que los idiotas rumien sus guerras es a veces el último recurso para que las vacas pasten en paz.

Así, si deseas alinearte, en la medida de lo posible, con la bondad y la inteligencia, dejarás con fervor que los idiotas hablen o, para expresarme con mayor precisión, dejarás que hasta tus familiares y amigos digan todas las idioteces que quieran. Pues si intentaras convencerlos en serio —de una forma que no fuese lúdica— caerías de inmediato en el lado oscuro. Entonces, por mucho que tuvieras la verdad de tu parte, la razón o lo que fuera, ya solo serías un idiota entre los idiotas, abrumando con tu angustia a los demás. Sobre todo en las comidas familiares, donde lo único que importa es el lazo que une (o que intenta desesperadamente unir) a sus miembros, no te exasperes y trata de apreciar las palabras de esos bovinos milagrosos. Escúchalos con atención y procura siempre aliviar sus quejas, no sin reconocer en ellos a la diosa Shiva, que, en su danza de los mil brazos, destruye el mundo sin dejar de sonreír. Y es que los idiotas, amigo mío, son los apóstoles sagrados de la guerra. Y la guerra no solo es un escándalo. Lo que nos horroriza de ella es que revela —como si

fuera un agujero negro— la implosión extática de una alegría sin motivo.

11

Haz la paz
y déjalos que hagan la guerra.

Por qué gobiernan los idiotas

Cualquiera que haya tenido ocasión de observar bastante rato una colonia de focas al sol ha debido reconocerlo: lo mismo que la inteligencia, la idiotez no es una especificidad humana. En sus inmensos roquedales no falta espacio; tampoco faltan los plastas. Pero prefieren los sitios ocupados a las plazas disponibles, de modo que desatan conflictos inútiles, provocan gritos y heridas, y amargan la vida de los demás por todos los medios posibles, zambulléndose y salpicando a todo el mundo o tratando de desplazar a los que son más fuertes y a veces a los que son menos fuertes que ellas. Es el drama de toda comunidad: donde hay interacciones hay idiotas.

Donde se admite la legitimidad de los idiotas dentro de las jerarquías sociales, incluso y sobre todo cuando se hallan por encima de ti. Lo cual no impide que haya luchas.

Prescindir de la idiotez de la gente para acoger sus quejas es difícil; cuando los idiotas resultan ser tus superiores jerárquicos es casi insuperable. Cuando os veo, amigos y amigas lectores, obligados por vuestras profesiones y por vuestros superiores a aplicar decisiones absurdas, a hacer operaciones contraproducentes, a dejar que otros se esfuercen en minar vuestros propios esfuerzos, lloraría de compasión. Que la idiotez deje entrever el poder soberano del universo tiene un pase; pero que ese poder se adueñe de ti y cierre todas las posibilidades, desgaste las buenas voluntades, cometa injusticias y pudra el mundo pidiéndote colaboración... eso ya es harina de otro costal.

Aquí ya no se trata de estética ni de moral ni de derecho ni de metafísica. Aquí hablamos de un escándalo que cualquiera con un poco de sentido común distinguiría, ya que las consecuencias económicas, políticas y filosóficas son considerables. Se trata de la aberración de haber confiado responsabilidades colectivas al perverso o al tarado más conspicuo o a la petarda más integral de todos los tiempos. Y del horror personal de tener que participar en ello.

Dejemos provisionalmente de lado este último punto y admitamos que la presencia de ese pelmazo en el cargo te hace daño porque, al contrario que la danza cósmica de Shiva, articula sin mediación el desorden y el caos con tu propia posición. Por lo tanto, es natural que consideres que las cosas no están en su lugar, y que esa rata jamás debería haber accedido a un cargo en el que

lo único que hace es malograr oportunidades. Si quieres, vamos a reescribir juntos esta frase en el código del universo, a partir del criterio que justifica tu exasperación: crees que el mundo iría mejor si lo dirigieran personas competentes. En pocas páginas, te demostraré que no.

En este terreno es indispensable no hablar a humo de pajas, de modo que, como soy profesor de universidad, voy a hablar de la enseñanza y de la investigación, y que cada uno se lo aplique a su propio mundo. Entre los investigadores de filosofía, como puedes imaginar, hay muchísimos mediocres. Los que hacen que la investigación avance son poquísimos comparados con los que repiten las cosas que otros han descubierto; la mayoría publica unas trivialidades insoportables que no hacen avanzar nada. Pero si nos tomáramos en serio esta lamentación, si diéramos satisfacción al deseo que en ella se expresa, ¿qué pasaría? Habría que limitar el número de investigadores y mantener solamente a los más capaces y, sin discutir los criterios de la selección, digamos que quedarían en el mundo unos centenares de personas. Esa pequeña aristocracia existiría entonces de una forma tan perfectamente aislada que pronto se vería privada de los profesores que deforman su enseñanza, e incluso de los aficionados que leen sus producciones sin entenderlas. Entonces, ¿qué ocurriría? El deseo que tienen sus miembros de intercambiar pareceres entraría en crisis; como ya no recibirían aportaciones desde el exterior, recrearían en el interior una división entre los mejores y los menos buenos, y en cierto modo reinventarían nuevas formas de idiotez, de modo que repitiendo varias veces esa operación la tal aristocracia acabaría perdiendo totalmente el gusto de sí misma.

Esta rápida simulación —que en determinados países ya ha empezado— pone en evidencia el hecho de que cualquier actor social (investigador, profesor o cualquier otro profesional) únicamente existe si lo sostienen su ambiente y hasta toda una sociedad, que hacen que su trabajo no solo sea pertinente, sino materialmente posible. Por consiguiente, hay que admitir que la tendencia por naturaleza aristocrática de la gente valiosa, que tiende a preferirse, a escogerse y a considerarse como la única

legítima para ocupar los cargos directivos, expone a su grupo al riesgo de autodestruirse cuando esa preferencia se convierte en exclusión. Todavía no he alcanzado el punto de poner al frente a unos idiotas, pero todo llegará.

La primera etapa de mi razonamiento solo pretendía mostrar que exigir la excelencia atestigua una tendencia a asociar el mérito (competencia en un campo determinado) al poder de tomar las decisiones que favorecen el interés de ese campo, o de la empresa; pero que no se puede excluir del todo a los malos y a los incompetentes sin secar peligrosamente el terreno. De momento, me concederás que los idiotas son necesarios, pero solo en puestos subalternos. Admites que una aristocracia meritoria solo existe gracias a la participación y el asentimiento de las masas, cuyos esfuerzos hacen posibles la inteligencia, la eficacia, la competencia, etcétera de unos pocos. Aquí no hablo del hecho de que el ideal meritocrático permita justificar las desigualdades porque sugiere, recíprocamente, que los que gozan de privilegios deben merecerlos al menos en teoría, y que los que no los tienen no los merecen (cosa que los sabios del mundo niegan desde hace tres mil años en vano, pues los dominados siempre se negarán a retirarles su sumisión a los dominantes, ya que en ella, como sabes, hallan placer). Solo quiero insistir en un punto: que sin los mediocres los buenos no podrían existir, ni siquiera podrían desear lo que desean.

Ahora bien, aquí entramos en una segunda etapa. Has reconocido que existe una comunidad de deseo entre unos y otros. La frontera entre la competencia y la incompetencia no impide que los que se consideran los mejores y aquellos a los que consideran idiotas estén en el mismo barco. Es posible que los idiotas ignoren esa comunidad; pero ello significa que solo accidentalmente son obstáculos para el bien común, y que solo se oponen a él por oportunismo, al azar, según las ocasiones que se presenten. Lo quieran o no, lo sepan o no, los idiotas forman parte de un sistema de deseo (lo que llamamos «una sociedad») sin el cual ni siquiera sabríamos qué podemos querer.

Ahora viene el momento del gran salto. Pues, aunque seas el

más obtuso de los monárquicos y creas que los capitanes de los barcos dirigen sus tripulaciones por la gracia radiante de sus virtudes debes admitir que en este mundo nada humano se aguanta, ni siquiera las monarquías, las galeras y los portaaviones, si no es por la acción de la mayoría. Y la excelencia del genio romántico, del héroe griego, del *self-made man* estadounidense carecería de sentido si no tuviera el poder de imantar hacia ellos el deseo de la mayoría mugiente que al principio no los reconocía. Quieres defender, claro está, que el genio es un misterio, y hasta un don de Dios. Pero no necesito negarlo para afirmar que, si no quiere pasar a través de la humanidad sin ser visto, ese genio excepcional debe interactuar con un deseo compartido, para que su apoteosis tenga lugar entre el común de los mortales. Deberás admitir que, en definitiva, el deseo común tiene en este juego tantos números como el genio. Y aunque nadie pueda encarnarlo perfectamente, es él, es ese deseo común el que determina los lugares sociales que ocupamos, según nuestra manera personal de negociar con él. Y a veces, a qué negarlo, nos engaña.

En estas condiciones, es preciso que los puestos de poder sean obtenidos por los que los desean y que, a su vez, los seres que los desean sean precisamente los que saben explotar tanto los engranajes como los fallos de las instituciones, los que se atreven a adular y a humillarse, y pueden encarnar sin esfuerzo (aunque en parte por mala interpretación) el deseo vago de la colectividad. Ello no supone en absoluto, como dicen los misántropos, que los idiotas sean mayoría; tiene que ver más bien con la diversidad de los humanos, cuya consecuencia es que es muy difícil establecer una media, un perfil típico, algo que exprese adecuadamente, en suma, nuestra problemática unidad.

Y aquí es donde los idiotas triunfan. Pues a ellos les es más fácil amoldarse a la media, que al fin adopta su aspecto. Por eso la condición natural de la sociedad no es propiamente hablando el reino de la mediocridad (lo que denominamos «mediocracia», que supone el punto de vista de un observador en teoría superior), sino la meridiocracia: el hecho de que una media inencontrable acabe encarnándose en la mediocridad, de modo que el poder recae

preferentemente, aunque no de forma necesaria, en uno cualquiera de entre los idiotas.

Ahora comprendes que tener a un idiota por jefe, por patrona o por presidente no es ni una mala suerte ni una injusticia, ni siquiera una anomalía, puesto que se trata de la ley de la probabilidad más alta. Esta consideración debe permitirte mantener uno de los equilibrios más difíciles que existen: entre, por una parte, tus esfuerzos por un mundo mejor, que implican luchar contra la idiotez e impedir que los idiotas hagan daño, pero siempre y exclusivamente en la medida de tus posibilidades, y, por otra parte, tu comprensión del mundo, que apacigua tu corazón y te ayuda a no vivir las decisiones de los idiotas como desequilibrios cósmicos. En otras palabras, cambia el mundo no porque te repugne, sino porque te gusta, incluso tal y como es, lo cual no impide que tengas tus preferencias.

Para lograrlo, recuerda dos cosas: primero, que, aunque no te guste, en este mundo cada uno ocupa más o menos su lugar, y que por eso (y no a pesar de eso) los idiotas nos dirigen, nos gobiernan y, más generalmente, presiden; y segundo, que, si tú no te sientes en tu lugar, es posible que sea una injusticia, pero lo que es seguro es que es tu desafío.

12

Haz valer siempre tus preferencias,
nunca tus frustraciones.

Por qué se multiplican los idiotas

—¡Pero bueno!... Es que yo... ¿Ahora vosotros...? Habíamos acordado que tenías que avisarme...

—Sí, lo sé, lo pensé.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—No llevaba el teléfono. Bueno, te aviso ahora.

—Pero... ¿Cuántos sois?

—¡Qué sé yo! Unos treinta.

—Entonces, te dejo la casa.

—No hace falta que te vayas...

—Gracias, estoy escribiendo...

—¿Tu nuevo libro?

—Sí. Bueno, no, he tenido que cambiar. Pero dime, ¿pensáis quedaros?

—Pues sí.

—¿Hasta qué hora?

—No sé. Yo me voy a dormir un poco. Ahora llegarán otros. ¡Eh! ¡Eh! ¡El vodka aquí! ¡Los bafles allí! Ah, ¿tú ya estás en calzoncillos?

Donde se descubre cómo superar la multiplicación infernal de los idiotas, y donde se conoce a la señora Yvette Gibertaud, la abuela del autor.

Refugiado en el secreto de mi habitación, os convoco, infortunados amigos, frente a uno de los mayores misterios de la vida humana. ¿Cómo es posible que los idiotas sean cada vez más? ¿De dónde salen? ¿Y por qué, por qué son tantos?

Si nos paramos a pensarlo, esa observación parece una ilusión óptica. Al fin y al cabo, ¿por qué iban a ser los idiotas más numerosos hoy que ayer? Recuerda, no obstante, que los idiotas son acontecimientos que se producen en el corazón de las relaciones humanas, y no tipos de humanos que se pasean por el mundo: es lo que podemos llamar «la naturaleza interaccional de la idiotez». Ahora bien, es obvio que nuestras interacciones aumentan. Nuestros antepasados, considerados en su conjunto, pertenecían a sociedades menos móviles, y por eso la mayoría de ellos se topaban con menos caras nuevas a lo largo de su vida. Incluso nuestros padres recorrían raras veces distancias tan largas como nosotros y se cruzaban con menos gente, y, puesto que globalmente sus recorridos eran más lineales, no frecuentaban ambientes tan diversos. Por último, internet y los *smartphones* han multiplicado de forma exponencial las posibilidades de contactar con nuestros congéneres, de lejos o de cerca, por escrito o por multimedia, cara a cara o en la red... Y, como es natural, cuantas más interacciones, más ocasiones de malentendidos, de torpezas y, en definitiva, de naufragios interaccionales. En vez de toparnos con unas decenas de idiotas a lo largo de la vida —la mayor parte, según mi abuela, perfectamente localizados entre las localidades de

Jarnac y Fouqueure— ahora tenemos la experiencia de centenares y centenares de idiotas. Y, por lo tanto, concluyo por primera vez que, al aumentar las interacciones, los idiotas se multiplican. Como queda demostrado.

En el transcurso de esos encuentros, una interacción catastrófica, aunque sea breve, autoriza a las dos partes a seguir por los caminos de la vida convencidas de haberse topado con un idiota más. Me dirás que el que te toma a ti por un idiota se equivoca, pero internet y las redes sociales han redistribuido del todo la forma en que antes se validaba ese tipo de evaluación, sobre todo reduciendo la diferencia entre las personas autorizadas y las otras, y recíprocamente entre el tarado público y el imbécil a título privado. Desde que los idiotas más obtusos pueden difundir sus opiniones y hacerlas validar por sus congéneres, el ruido que producen la idiotez y su recepción por la vindicta pública permiten multiplicar el naufragio interaccional con una amplitud jamás antes igualada. Por segunda vez concluyo: como la idiotez se propaga mejor, los idiotas se multiplican. Como queda demostrado.

Se podría señalar, no obstante, que a medida que ese fenómeno se amplifica, la idiotez tiene un impacto proporcionalmente menor en nuestra vida. Mi abuela lo tenía difícil para escapar a las vejaciones de los imbéciles; en cambio, la mayoría de los que tú y yo encontramos hoy no pasan de ser más o menos desconocidos, por no hablar de todos los fantasmas digitales. No es por tanto absurdo afirmar que, aunque los idiotas sean más numerosos, pasan más deprisa por nuestra vida.

¡Pero ay!, una parte de esa ventaja se pierde, pues queda compensada por una paciencia y una tolerancia por nuestra parte que disminuyen también de forma proporcional. Entre los habitantes de Fouqueure y sus alrededores, mi abuela debía determinar sus preferencias a partir de lo existente; a lo largo del tiempo, pudo observar la evolución de los temperamentos y, contra toda esperanza, modificar y mejorar sus relaciones, incluso con su suegra (sin exagerar, pues esa gente es obstinada). En cambio, confrontado con un número en teoría ilimitado de interlocutores, tú no tienes nada a tu alrededor que te imponga adaptarte

moralmente, y me dirás —mezclando realismo y mala fe— que tampoco tienes tiempo (precisamente porque los únicos requerimientos que reconoces casi de forma incondicional son de orden profesional y no filosófico, por desgracia). Por lo tanto, consideras como insalvables unos defectos o unos rasgos de carácter a los que tal vez podrías acomodarte, o que con el tiempo podrían cambiar. Convertido en una auténtica máquina de precisión, identificas a un idiota en un abrir y cerrar de ojos, y te muestras implacable a la hora de seleccionar a los idiotas y a los otros, para que nadie te amargue la vida. Por tercera vez concluyo: al ser cada vez más sensibles a ellos, los idiotas se multiplican. Como queda demostrado.

Sin embargo, esta última observación ha puesto en evidencia el juego de preferencias complejas a partir de las cuales cada uno y cada una se afirma como ser humano. Para resumir en una frase dos siglos de sociología, digamos que uno se convierte en sí mismo a partir de códigos cuyo dominio permite a los individuos afirmarse como miembros de diversos grupos, respondiendo a la necesidad para cada uno de afirmar su diferencia, vivida por otra parte de forma distinta en el seno de dichos grupos (lo cual supone interactuar, más o menos voluntariamente, con sus normas).

Ahora bien, desde el punto de vista de los grupos, asistimos hoy a una mezcolanza normativa gigantesca: maneras distintas de hablar (e incluso diversas lenguas), de vestir, de reír, de caminar o de sentarse, de interpretar los acontecimientos, de sentir y expresar emociones, de representar el tiempo, el espacio, el yo, el tú, el nosotros; en una palabra, todas las variaciones de lo que llamamos la sensibilidad humana se mezclan en unos lugares cuya población, sobre todo en las grandes metrópolis, se percibe como más heterogénea que antes. El cosmopolitismo contemporáneo contribuye pues a fragmentar los códigos sociales en microcomunidades, y los idiotas forman un subconjunto dentro de cada una de ellas. Como todo el mundo sabe, se reconocen porque rechazan a los que no siguen sus códigos y, en este punto, la idiotez está perfectamente distribuida entre dominantes y dominados, derecha e izquierda, ricos y pobres, al margen de la

justicia de las causas o de los privilegios de los que unos gocen y otros no, entre los sabios y entre los ignorantes, los ateos y los religiosos, los hombres y las mujeres, puesto que aquí la idiotez no designa la pertenencia a un grupo, sino la manera de vivir esa pertenencia favoreciendo la exclusión. Y así es como las diferencias antes consideradas de civilización, de raza, de género o de cultura disminuyen a medida que renacen bajo la forma de una menor homogeneidad social. De nuevo concluyo: como los códigos se fragmentan, los idiotas se multiplican. Como queda demostrado.

Dicho lo cual, como hemos visto antes, este movimiento de fragmentación se compensa en parte con el hecho de que las diferencias entre las comunidades humanas cada vez son menos espectaculares: los códigos más sensibles (idioma, maneras de vestir, etcétera) tienden a la uniformización a escala global. Cabría esperar que los fenómenos de rechazo disminuyeran con la atenuación de las diferencias, pero, al igual que antes (véase mi segunda demostración), esa uniformización se ve a su vez compensada por el hecho de que la irritabilidad (o, digamos, la falta de tolerancia frente a las diferencias sensibles) también aumenta en proporción.

A partir de estas bases, reflexionad. A medida que los algoritmos se vuelven más eficaces y son más universalmente utilizados, nuestras sociedades tienden a personalizar las mercancías y los servicios, cada vez más adaptados a ti, Hubert; a ti, Amazone... Por consiguiente, los códigos de exclusión y de inclusión se acercan con una insistencia y una precisión cada vez mayores a los individuos mismos. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar? Confortados con unos códigos cada vez más personalizados, que pueden basarse en detalles cada vez más pequeños, pronto será (al menos teóricamente) cada uno el único que respete los códigos tal como le aparecen (al menos en su pantalla). De esta forma, los idiotas habrán acabado multiplicándose hasta el punto de que, para ti, tú serás el último ser humano en la Tierra, con quizá un número limitado de amigos, en medio de un océano de idiotas.

En esta situación, es inútil insistir en los beneficios de la tolerancia y asegurar que debemos aceptarnos todos con nuestras

diferencias y bailar en un gran corro. Este moralismo colaborativo es absurdo: ser diferentes es exactamente reafirmarse en las propias preferencias, que incluyen una tendencia natural a la repulsión. Por eso tan inútil es condenar la repulsión como desesperarse por la sumisión, puesto que por definición los idiotas no aceptarán jamás entrar en vuestra danza fraternal.

¿Cómo salir de esta situación? Pues cambiando de perspectiva: aun admitiendo que la historia de nuestra sociedad ha conocido periodos de mayor homogeneidad, ¿quieres sostener en serio que el respeto por una sola forma de ortografía, por un solo tipo de gramática o de vocabulario, por un maquillaje más blanco o por una peluca mejor empolvada demostraba más inteligencia? ¿Y qué absurdo sueño reaccionario te hace pensar que la disminución de nuestras relaciones humanas nos permitiría recuperar una serenidad que ni siquiera mi abuela (que no era de las que se quejan) conoció jamás? Por otra parte, ¿estás seguro (aquí hablo como historiador) de que esa uniformidad de los códigos no es una ilusión retrospectiva fabricada por la selectividad de nuestras fuentes? Me dirás que mis ejemplos son superficiales, que los que no son tan idiotas saben que la apariencia visual es indiferente. Por ejemplo, saben que debajo de los velos o las minifaldas de las mujeres lo que importa es la libertad de cada una; pero, más allá del hecho de que los idiotas, precisamente, no lo saben, lo que yo ataco es la manera de concebir la libertad como una elección entre dos opciones superficiales y muy indiferentes.

¡Pues sí! Si quieres frenar el irresistible aumento de los idiotas, antes de convertirte en el primero o la primera de ellos, debes admitir que la transformación de los códigos de conducta (y por lo tanto de las formas mismas de la libertad) en valores morales es justo lo que nos impulsa a transformar la repulsión en exclusión, hasta el punto de que al final vemos tarados por todas partes. Al inyectar la noción sagrada de valores en estúpidos detalles del día a día, violas el precepto que, por boca de los mayores sabios, te pide que dejes de juzgar continuamente a tus semejantes.

Veo que dudas... ¿Acaso no debemos defender nuestros valores? Mi respuesta es: si tus valores te importan, ¡sobre todo no los defiendas! No es blandiéndolos cual imperativos como conseguirás difundirlos y hacer que retroceda la idiotez. Porque, como ya he dicho, no son tus valores lo que te distingue, son tus relaciones y la calidad de las mismas. Tus valores, en la medida en que expresan tu apego a determinados tipos de relaciones, tienen por supuesto toda mi simpatía. Pero se condenan a ser contraproducentes en la medida exacta en que los afirmas de forma incondicional. La libertad, por ejemplo, no es nunca incondicional, sino que designa la capacidad de seguir tu camino en unas condiciones existentes, es decir, concretas y determinadas.

Pensándolo bien, el hecho de tener unos valores no es, pues, lo que distingue a unos grupos de otros —¡afortunadamente!—, y la idea de que nuestros valores nos definen es en sí misma una idiotez, puesto que atribuye una especificidad local a algo que, por su concepto, está destinado a superar las divisiones, no a justificarlas. Así, por ejemplo, no puedes decir que tu ideal es la libertad sin negarles a los demás el derecho a reconocerse en ella. No concibo nada más peligroso, puesto que transformas inmediatamente en adversarios a todos los que conciben la libertad de una forma distinta a la tuya.

Admite, pues, que, en vez de defender valores, sería mejor que desarrollases relaciones, que tratases de minimizar los malentendidos. Pues recuerda que es sobre todo por su culpa por lo que se multiplican los idiotas. No podrás frenar su multiplicación volviendo al universalismo colonial de la Ilustración, ni mediante el relativismo personalizado de la era digital. Solo la evitarás liberándote de tu postura defensiva, aceptando exponer tus valores ideales al riesgo de las interacciones concretas e iniciando la negociación para mejorar tus relaciones a todos los niveles, lo cual debilitará a los idiotas de las distintas comunidades. En otros términos, sé habilidoso antes que juez.

Cuida tus interacciones
y los valores vendrán por añadidura.

Por qué los idiotas ganan siempre

La idiotez es una de esas decisiones que los humanos se empeñan en atribuirse en exclusiva; pero hasta en eso se equivocan.

Todo el mundo puede experimentarlo: una piedra en el zapato no necesita ninguna intención para jorobarte.

Donde se formula el método supremo para interactuar con los idiotas, a partir de una determinada concepción de su mundo, del tuyo y de vuestras personalidades.

Quizá el último capítulo te haya dado la impresión de que limito la idiotez a un fenómeno de representación, como si se tratase de una pura y simple ilusión. Sin duda esperas avanzar hacia una conclusión en la que, en un éxtasis totalmente filosófico, acabemos por superar juntos la idiotez y veamos por fin el universo reconciliado. Permíteme unas aclaraciones: por una parte, sostengo que la impresión de que los idiotas aumentan, tanto si corresponde a unas determinaciones históricas reales como si no, no cesará jamás, aunque en realidad disminuyan. ¿Por qué? Porque en definitiva los idiotas se multiplican menos desde un punto de vista histórico a medida que cada uno de nosotros, en el transcurso de su vida, pierde las ilusiones acerca de la unidad del fenómeno humano y de la posibilidad de compartir sus propias normas con todos los demás. Así, mientras un idiota se debilita en ti, surgen miles de idiotas más a tu alrededor, como salidos de la tierra. En este sentido, podemos afirmar que los idiotas se multiplican a medida que nosotros dejamos de serlo.

Con todo, el hecho de perder la ingenuidad no impide que el cerebro humano encuentre inmediatamente otras ideas falsas a las que agarrarse. Así, a medida que tu experiencia de la vida aumenta, la evolución de la sociedad, los trabajos en las ciudades y las transformaciones tecnológicas van destruyendo los marcos de tus recuerdos, de ahí que, al ver hoy el estado de la plaza junto a la cual creciste o al enterarte (de oídas, claro) de la forma como se conocen y copulan los jóvenes de hoy, por ejemplo, te embargue la

nostalgia. ¡Cómo te comprendo! Esa nostalgia individual, nacida de la extrañeza del devenir, no puede negarse ni reprimirse sin poner en peligro toda la sociedad, pues revela un principio fundamental, que pone de manifiesto la principal fuerza de los idiotas: la inercia.

¿De dónde viene la inercia, la que adivinas a través de las ideas fijas, de la gente cerril, etcétera? Para entenderla, hay que partir de su contrario: la adaptación. Ahora bien, la adaptación es el fruto de un aprendizaje más o menos largo, que tiene su época privilegiada en la infancia, y cuyas informaciones se graban profundamente en los estratos menos conscientes de nuestro ser. Se basa en una experiencia que mezcla a la vez los espacios donde uno vive, el tipo de sensaciones que se acostumbran a tener (sonoras, táctiles, etcétera), las interacciones que se tienen con otros seres humanos (lingüísticas, etcétera), en suma, todo lo que constituye aquello que cada uno llama el mundo. El hecho de repetir de forma automática ciertos comportamientos, o de asociar ciertas ideas, o de mantener ciertas formas de hablar, depende directamente de los mundos a los que esos actos o esas representaciones se refieren. De hecho, hemos adoptado o elaborado casi todo lo que nos define a partir de ese imperativo de adaptación, lo que en adelante llamaré «una personalidad», en el sentido de una disposición singular (ni totalmente previsible, ni totalmente aleatoria) a reaccionar de determinada manera a los acontecimientos, una noción formada por un conjunto de factores tan complejo y confuso que nadie sabe cómo desentrañar los determinismos sociales, las predisposiciones genéticas, las matrices simbólicas y las experiencias conscientes e inconscientes acumuladas a lo largo del tiempo que la componen.

Pues bien, sea cual sea el origen de nuestra personalidad, el mundo de la experiencia es muy determinante. Por consiguiente, un ser humano no cambia de opinión, de enfoque o de comportamiento a menos que se vea obligado, por nuevas experiencias factuales, a modificar su mundo de referencia; solo la actualización de su mundo le permitirá ajustar a él su personalidad, ya que es del todo imposible cambiarse uno mismo por simple decreto (es una evidencia tan incuestionable que, pese a

la difusión de discursos voluntaristas absurdos, considero que todo el mundo la admite, aunque solo sea para perdonarse sus defectos). En suma: si en tu mundo se admite un razonamiento bien construido como elemento pertinente, entonces mis argumentos podrán bastar para convencerte. Pero, si no es el caso, tal vez lo pueda conseguir una imagen, un vídeo, un GIF o cualquier cosa que identifiques como un elemento pertinente en la elaboración de tu relación con el mundo.

Lamentablemente, no es tan fácil cambiar el propio mundo de referencia ya que, por un curioso bucle de retroacción, la personalidad tiende a defender el mundo al que se adaptó primero. Así se instala un círculo que nos une, al mundo y a mí, de tal manera que no solo no se puede modificar la personalidad si no se modifica su mundo, sino que incluso, recíprocamente, la fuerza de inercia de la personalidad protege al mundo de cualquier modificación. Para decirlo en sus términos: quien ataca al uno, ataca al otro.

Por consiguiente, solo puedes modificar las representaciones de un idiota teniendo en cuenta que su idiotez es sobre todo el fruto de una adaptación, y que en definitiva su inercia o su ceguera son justamente el resultado de una adaptación más o menos exitosa a determinaciones concretas, aunque sean caducas, erróneas o parciales. Por eso requerirá muchísimo tacto hacerle cambiar de opinión, de comportamiento, etcétera, y para ello habrá que explotar de forma muy delicada las brechas de su mundo de referencia, sin alterar por ello su personalidad. Es algo que hay que evaluar sobre la marcha, no hay recetas, solo sabemos que la lucha contra la inercia de los idiotas supone ilustrarlos globalmente sobre los cambios que ya ha sufrido su mundo, mostrándoles que es indispensable integrarlos de una forma pertinente para ellos, aunque tenga que ser con un dibujo animado o un *jingle* publicitario en vez de con una demostración.

Pero cuando ya te sientas dispuesto a dar lecciones, piensa que el movimiento de integración de los elementos de un mundo es, por definición, recíproco; eso significa que la manera como ese gilipollas o esa arpía con los que estás hablando integrarán lo que

les dices dependerá en una proporción muy exacta de tu capacidad de tener en cuenta el mundo de los idiotas, aceptando (aunque solo sea por el hecho de su propia existencia) que es igualmente, de facto, una parte de la verdad. Así pues, no puedes estar seguro de que tu propio mundo no es del todo idiota a menos que sepas, tú primero, hacer justicia a la realidad del mundo del cual el idiota es testigo, justamente porque pone de manifiesto una brecha en el tuyo.

Superar la idiotez de alguien significa, pues, a la fuerza, modificar los dos mundos mediante una interpenetración basada en la presencia de brechas por una y otra parte. No te asustes: hacer evolucionar los mundos no es una responsabilidad que te incumba solo a ti. Situándote a gran escala, puedes dejar que la historia los cambie de forma natural. Pero, a pesar de lo que creen los progresistas, nadie conoce el sentido de la historia; y, a pesar de lo que creen los conservadores, la historia no se hace ni sola ni yendo para atrás. No tenemos, pues, más remedio que participar en los cambios que ya se están produciendo, dedicando nuestros esfuerzos a orientar las evoluciones de la historia en dirección a preferencias que debemos ir poniendo al día constantemente.

Hemos llegado a un cruce en que nos jugamos nuestro futuro (o lo que imaginamos como tal) y solo nos queda ganar o perder. Pues bien, contra los idiotas, perderemos casi siempre, salvo alguna honrosa excepción. ¿Por qué? No porque sean mayoritarios, lo cual es un absurdo: como son entidades interaccionales, ¡los idiotas no se pueden contar! Pero lo que sí se puede afirmar es que la mayoría casi siempre es idiota, ya que necesariamente se inclina por seguir el principio de configuración mínima de energía. Ya está dicho. Es simplemente esto: pereza, incuria, incompetencia y conformismo. Todas esas palabras remiten siempre en definitiva a lo mismo, al viejo principio de la inercia. Y, en este sentido, los idiotas ganan casi siempre a causa de una inclinación lógica de la naturaleza. En cambio, tú y yo luchamos por obligar a la sociedad a dar unos pasos al lado, a manifestar algunas reacciones de baja probabilidad, sofisticadas y constructivas. Pero la inclinación lógica siempre se impondrá, lo cual es imposible de superar si

tenemos en cuenta que la naturaleza no es más que el inencontrable punto de intersección de todos los mundos.

14

Explora las brechas.

Conclusión

Lo sabíamos desde el principio: toda idiotez engendra una idiotez recíproca. Los que quieren erradicar a los idiotas o consideran a sus adversarios como idiotas contribuyen por lo tanto de forma activa a aumentar la idiotez en la que estamos inmersos. Por eso hemos necesitado un espejo para acercarnos a ellos y por eso este libro te invita a sentirte preferentemente más idiota después de haberlo leído, porque ahora sabes que defender la inteligencia no significa considerarse hábil o experimentado, sino reafirmar en uno mismo una pura voluntad de aprender; es decir, considerarse como un sujeto que está en teoría equivocado.

Sí, los idiotas nos han enseñado que no existen los expertos frente a la idiotez y que debemos improvisar sin descanso estrategias frente a ese fenómeno extraño y caótico. Por otra parte, perdona que te lo diga, pero, mientras estás con la nariz metida en este libro, sigues siendo un sujeto que está en teoría equivocado. Solo en el momento en que te enfrentes a un idiota hombre o mujer al que identificarás como perfectamente auténtico demostrarás tu valor, y la razón que tienes dejará de ser teórica.

Aquí, para articular las cosas de la forma más breve, hemos visto que los idiotas nos ponen en un determinado estado emocional, que ese estado marca el fin de toda confianza, que ese naufragio interaccional es recíproco y destruye toda capacidad para comunicarse y que a medida que perdemos el contacto aumenta nuestro deseo de restaurarlo mediante una autoridad. Dicha autoridad se afirma torpemente por el uso del argot, por las referencias a la moral o al derecho y por toda clase de reacciones que expresan una única y misma función: restaurar la fuerza del vínculo frustrado dándole otra forma. Una postura agresiva, violenta y dominadora, cuando no destructiva. Para no caer en la

guerra contra los idiotas, que sería la de todos contra todos, lo único que podemos hacer es oscilar entre tres estrategias: negociar con los que puedan, hacer evolucionar a los que se dejen y olvidarse de los que se nieguen a hacerlo.

En definitiva, nuestro estudio habrá hecho aflorar una dimensión humana que existe y persiste aun haciendo abstracción de la idiotez, unos lazos de interdependencia que son a la vez frágiles e indestructibles y que mantienen inseparables nuestras existencias para bien y para mal. Esos cordones inmateriales que unen nuestros vientres unos a otros, esas conexiones mentales que unen nuestros cerebros, esos estremecimientos de cólera o de alegría que pasan de una epidermis a otra nos recuerdan que los individuos nacen de sus interacciones antes incluso de que, por sus preferencias y sus actividades, emerjan a su vez grupos e instituciones de las relaciones entre los individuos.

Sí, por mucho que lo digan las comadres y los asiduos a las barras de los bares, la solidaridad no es algo que se haya perdido y que debamos recuperar. Lo queramos o no, lo sepamos o no, la solidaridad —y eso es lo más embarazoso— no se pierde. Por solidaridad hay que entender no tanto la opción de mostrarse generosos como el funcionamiento de unas interacciones que pueden indiferentemente componer o descomponer infinitas variaciones, improvisando las reglas del propio caos.

En este sentido, la base principal de la idiotez es sin duda el deseo que consubstancialmente tenemos todos de existir de forma separada, un deseo que, al oponerse a su complementario, que es nuestro deseo de pertenencia, no quiere saber nada de aquello que lo reafirma, no quiere anticipar nada que no sea lo que se imagina, no prevé otra aplicación más que los medios que sueña o de los que ya dispone. No hay nada más obstinado, más ciego, más oscurantista que ese deseo, y, a causa de su legítima tendencia al mínimo esfuerzo, todos los seres humanos caen una y otra vez en su forma más estúpida, y deben sacar del fondo de ese mismo deseo los elementos para salir de él. Esa rabia del deseo que es voluntad de acapararlo todo, ese orgullo absurdo en la alegría o en la tristeza, esa ceguera en el saber y en la ignorancia, ese desprecio

de los demás en la felicidad como en la desdicha, esa sordera en el diálogo o en el silencio, todo el mundo se los sacude o se revuelca en ellos cada mañana, pero tarde o temprano todos caemos en ellos. Por eso jugar a ser idiotas es agradable, ya que es una manera de descansar de nuestra lucha constante entre la separación y la indistinción, entre nuestro esfuerzo hacia la autonomía y nuestro esfuerzo hacia la pertenencia.

Al escribir este ensayo de ética interaccional, que constituye una forma de pastoral improvisada, me parece que he tomado conciencia de lo que nos cuesta a todos mantener el equilibrio entre la imposición de las normas por la fuerza (que agrava la destrucción de los vínculos) y la renuncia relativista (que agrava la destrucción de los vínculos de una forma opuesta). De ahí que el desprecio por los idiotas, que tenemos en los dos extremos, no baste. Pensándolo bien, todas las patologías del vínculo —de las cuales los idiotas son los síntomas— nos enseñan a prestar atención a los tipos de interdependencia que revelan. Así pues, no he terminado con la ética interaccional. Al contrario: con ella atisbo unas formas ilustrativas de describir otros problemas contemporáneos.

Para que no se reduzca tu cólera frente a los idiotas de todo pelaje, para no dejar que se pierda, deberás organizarte y dejar un espacio —sí, simplemente dar cabida— a tus adversarios, y así lograrás que no te saquen de quicio y encuentren en el juego de fuerzas una puerta de salida más o menos digna. Pero ya te he advertido: no te dejarán actuar. Aunque te reafirmes como una fuerza de paz, ellos seguirán definiéndose como fuerzas de guerra. En el día a día, tu camino tendrá que pasar obligatoriamente por momentos de diplomacia, en los que acogerás el sufrimiento e integrarás la negación de los idiotas, y momentos de conflicto abierto, en los que rechazarás su sufrimiento y dejarás que se enfaden contigo. En todos los casos, los idiotas siempre te enseñarán a ti más que tú a ellos, porque tú eres el que desea aprender. Y te recuerdo que, mientras tanto, el equilibrio cósmico permanecerá totalmente indiferente tanto a la paz como a la guerra.

En esa indiferencia suprema, los filósofos han querido descubrir una forma de serenidad o de sabiduría superlativa. Pero ya lo he anunciado en las líneas preliminares: alcanzar una sabiduría capaz de disolver a todos los idiotas con una sola mirada supone ser Dios o estar muerto, y hasta ser indiferente a esa alternativa. En este mundo, el que está bajo la luna, ningún conflicto ha desaparecido sin dejar rastro, sin que nadie se sienta vencido, humillado o lesionado, de manera que jamás la idiotez dejará de renacer de sus derrotas, igual que resurge más lozana de sus victorias. Así, los idiotas se burlarán siempre de tu supuesta virtud, y su sufrimiento se alzará contra tu supuesto esfuerzo por la paz. He aquí por qué, en vez de pretender salir de la alternativa, la paz no tiene más remedio que cargar con la energía de la guerra y aceptar como un juego la necesidad de los conflictos. Sí, este es el aspecto real y la moraleja de nuestra historia —individual y colectiva—, que no es más que un vasto juego, a la vez trágico y cómico, de separaciones y reencuentros. Cuando, en lugar de blandir tu angustia, sepas apaciguarla mediante el juego, entonces podrás sentarte, unos instantes antes de morir, a la mesa donde ríen y se insultan los filósofos y los dioses.

Agradecimientos

Agradezco muy especialmente a Luiz Camillo Osorio, director del departamento de Filosofía de la Pontifícia Universidade Católica de Río de Janeiro; a Jimena Solé, profesora de la Universidad de Buenos Aires, y a Helena Urfer, de la Université de Montréal (UdM), el haber creado las condiciones sin las cuales esta investigación en ética interaccional no habría podido desarrollarse.

Gracias también a Annelore Parot, Aurélien Robert, Diane Lançon, Maxime Catroux, Pauline Hartmann y Ronan de Calan por haber compartido conmigo sus sufrimientos y sus luces. Y, por supuesto, a Camila, *que explora com tanto carinho e tanta coragem as brechas do meu mundo*.

Bibliografía

Los libros que se citan aquí no los he vuelto a abrir mientras escribía el texto, y por lo tanto no me ha parecido útil mencionarlos en notas. Quienes los conozcan habrán reconocido los pasajes que han orientado mi reflexión y quienes no los conozcan podrán leerlos con provecho.

HABERMAS, Jürgen, *Aclaraciones a la ética del discurso*, Trotta, Madrid, 2018.

HONNETH, Axel, *La lucha por el reconocimiento*, Crítica, Barcelona, 1992.

KANT, Emmanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Alianza, Madrid, 2012.

LA BOÉTIE, Étienne, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Trotta, Madrid, 2019.

NIETZSCHE, Friedrich, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 2011.

SACHER-MASOCH, Leopold von, *La Venus de las pieles*, Tusquets, Barcelona, 2014.

SADE, Donatien A. F., marqués de, *La filosofía en el tocador*, Austral, Barcelona, 2016.

SLOTERDIJK, Peter, *Normas para el parque humano*, Siruela, Madrid, 2008.

STIRNER, Max, *El único y su propiedad*, Editorial Sexto Piso, Madrid, 2014.

¿Qué hacemos con los idiotas?
Maxime Rovere

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Que faire des cons?*
Publicado originalmente en francés por Éditions Flammarion, París

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Éditions Flammarion, 2019

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2020

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2020
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-493-3702-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta